



Ilustración: Farinas

se muestra ahora

el Ángel de la Jiribilla

Sal de la salamandra, agujereando el fuego, incansable, caída al mar en la bahía de los hielos. Ángel de la jiribilla, que cambias la salamandra en la iguana del taíno, de lengua con los colores de la llama larga como un brazo, que lleva su braza a los tinajones, donde de noche se guarda el sol.

Ángel de la jiribilla, ruega por nosotros. Y sonrío. Obliga a que suceda. Enseña una de tus alas, lee: Realízate, cúplete, sé anterior a la muerte. Vigila las cenizas que retornan. Sé el guardián del etrusco potens, de la posibilidad infinita. Repite: Lo imposible al actuar sobre lo posible engendra un posible en la infinitud. Ya la imagen ha creado una causalidad, es el alba de la era poética entre nosotros. Ahora podemos penetrar, ángel de la jiribilla, en la sentencia de los Evangelios. Llevamos un tesoro en un vaso de barro. Ahora ya sabemos que la única certeza se engendra en lo que nos rebasa. Y que el icárico intento de lo imposible es la única seguridad que se puede alcanzar, donde tú tienes que estar ahora, ángel de la jiribilla.

Fragmento del ensayo «Lectura»
de José Lezama Lima

02
PÁGINA Polémicas
en la RED

¿Por qué callar?

A propósito de un artículo
de Sergio Ramírez.

PÁGINA
04 FABELO:
abriendo
puertas

PÁGINA
09 Los intelectuales
y la dominación
Fernando M. Heredia

PÁGINA
14 La danza del
HURACÁN
Antón Arrufat

Los Intelectuales y la práctica

Alfonso Sastre
Hondarribia

Cuando un par de veces he sometido a crítica la actividad de los intelectuales y de los artistas, de un modo un tanto detenido y orgánico, mis objeciones han ido contra los «intelectuales de izquierda» que operaban por causas que yo estimaba —y estimo— justas; pero que lo hacían—o hacíamos—, a mi modo de ver, mal, y hasta muy mal, o que decididamente, no lo hacían, no lo hacíamos. ¿Piedras contra mi propio tejado? ¿Autocrítica? ¿Puñaladas a mis sedicentes amigos? En general, ha sido «la izquierda» o el «progresismo» de ciertos intelectuales lo que yo he sometido a crítica, anotando y hasta denunciando la práctica de modos y tics indeseables, oportunismos y otros variados males. El desplazamiento masivo a la derecha durante los últimos años de intelectuales que ayer formaron —decían formar— en la izquierda, y sobre todo en la extrema o ultrazquierda, me ahorran ahora algunas aclaraciones, pues ha quedado visto por todo el mundo algo de lo que yo creía ver entonces (1970): la no fiabilidad de muchos escritores e intelectuales sedicentemente situados en la izquierda y hasta en la extrema izquierda social y la ultrazquierda política.

Pero entremos en la materia de la relación entre los intelectuales (y los artistas, pero desde ahora diremos sólo «los intelectuales», para cubrir convencionalmente estos dos campos relativamente autónomos) y la práctica social, con la que tienen que vérselas, desde luego, también, los intelectuales más vinculados al tema de la utopía: a los proyectos incluso desmesurados y ambiciosos. Recorramos la carne viva de algunos temas, en los que muchos de los intelectuales de hoy están adoptando la asimilación de lo que antes se llamaba «la gente bienpensante», y que siempre ha sido situada en la derecha, pero que hoy está en la izquierda: es la buena izquierda. Antes, es cierto, los intelectuales hablaban con fuertes ironías de la gente «bienpensante», y no es así ahora, según lo que estamos observando en nuestra propia práctica. ¿Tendrán razón estos intelectuales? ¿Pues no ha de ser lo propio de unos buenos intelectuales pensar bien? ¿Pensar mal sería propio de buenos intelectuales? ¿Y cómo se comería eso?

Veamos: ciertamente la población bienpensante antes era «de derechas» (o la gente de derechas era la gente bienpensante); y hoy la «gente de izquierdas» es bienpensante (o la gente bienpensante

resulta ser de izquierdas, que de ambas formas puede decirse). Por mi parte, reivindico para mí una posición no bienpensante y así lo propongo para una izquierda deseable y seriamente radical, aunque ello resulte paradójico. Mi modo de «pensar bien» es «pensar mal»; lo que creo que me sitúa —ay— en el refranero castellano, en el que se certifica que «pensar mal» es una vía segura para el acierto: «Piensa mal y acertarás». Pero la idea que ha prosperado socialmente es que «pensar bien» es lo propio de los intelectuales, aunque ese pensar bien los sitúe en el mundo, en otro tiempo desdeñado, de la gente bienpensante.

Nosotros queremos tratar en esta conferencia de las siguientes relaciones problemáticas, bajo la forma de algunos tópicos del «buen intelectual» en el día de hoy: cada uno de los cuales viene a ser como un matiz que añadir a los demás.

El buen intelectual es hoy un ser humano políticamente correcto

Lo «políticamente correcto» era un motivo de risas y burlas por los intelectuales de izquierda de otros tiempos, cuya crítica incidía en los componentes hipócritas de este tipo de comportamientos; y los intelectuales no dudaban en someter a crítica y desmontar aquellas ideas «políticamente correctas». Recuérdese cómo un arquetipo o, por lo menos, un ejemplo de esta actitud irrespetuosa ante lo político pero también moralmente «correcto» puede resumirse en la figura de Oscar Wilde; pero también que su posición escandalosa lo condujo a sufrir los horrores de una prisión inmundada y a ser «escupido» a Francia por la sociedad inglesa—cuando él salió de la prisión— y a morir de mala forma en un hotelucho de París.

Quizás haya hoy muchos intelectuales («buenos») que se sigan burlando y hagan risas en sus tertulias íntimas de lo «políticamente correcto», pero de hecho cumplen las órdenes contra el escándalo de toda declaración «incorrecta». En esta situación, se hallan mucho más cerca de una verdad sostenible —de una «realidad de verdad»— aquellos ciudadanos que han convivido en los barrios pobres con poblaciones gitanas y realizan críticas que resultan malsonantes en los castos oídos del antirracismo convencional; en los oídos de aquellos intelectuales «humanistas» que nunca han visto de cerca a un gitano si no ha sido en el escenario de la danza española o del cante flamenco o en el cine.

Esta «izquierda» está ejerciendo —al servicio de la más carca y maloliente derecha que la subvenciona— de enterradora no sólo del marxismo —que, sin embargo, goza de muy buena salud teórica— sino de cualquier proyecto revolucionario, esto es, utópico, desdeñado por ella como si formara parte de una especie de pensamiento orangutánico y troglodítico; dado que, para ella, la verdad —la «realidad de verdad»— sería que las cosas «son como son», y que hoy la historia «ha terminado» (fin de la historia), si es que alguna vez hubo historia, en lo que esta sedicente izquierda coincide plenamente con la derecha económica, social, política y su *intelligentsia*, hoy generalizada en el poder, una vez producida la bancarrota de lo que se llamó el «socialismo real» cuyas virtudes y sobre todo sus virtualidades quedaron al fin liquidadas por la convergencia de una estrategia de largo alcance del capitalismo, y de la propia burocracia «socialista», surgida bajo el imperio de una forzada militarización del proceso revolucionario.

continúa en la página 10



18
—
17 1/2
—
15
—
13
—
13 1/2
—
11

¿Por qué ¿ca llar?

Julio César Guanche
La Habana

A propósito de un artículo de Sergio Ramírez, publicado en *La Insignia*

Rubén Darío llamó maestro a José Martí, y éste a su vez nombró hijo al autor de *Azul*. Pocos recuerdan en Cuba a Julio Antonio Mella sin aquel sombrero al estilo de Sandino con que lo fijó para la historia el lente de Tina Modotti. Cuando los sandinistas triunfaron sobre Somoza, el 19 de julio de 1979, la alegría de los nicaragüenses fue acompañada por la de miles de cubanos que partieron hacia Nicaragua como maestros, ingenieros o médicos. De la niñez, guardo el recuerdo de la preocupación entrañable de mis mayores hacia aquel pequeño país, que se lanzaba también a la aventura de agenciarse un destino propio.

Sergio Ramírez, años después de derrotada la revolución sandinista, recordaba las palabras del Popol Vuh, mientras más oscuro está el cielo, más pronto va a amanecer», y encontraba en ello esperanza para el desconsuelo. No obstante, con independencia de que Nicaragua, y con ella todos los países de América Latina, estén esperando el despuntar del día desde que esas palabras fueron escritas, puede resultar que tal utopía resulte todavía demasiado distante y haya que embarcarse en algún esfuerzo por adelantar el alba. Aún sin aceptar que el sueño del sandinismo haya pasado a la historia, como ha asegurado Ramírez, Cuba estaría entre los poquísimos países que sigue intentando un camino diferente al recorrido por América Latina en los últimos quinientos años. Sin embargo, el autor de más de treinta obras y uno de los rostros más importantes de la intelectualidad nicaragüense, ofrece una visión sobre la Isla, en el artículo «No se puede callar» publicado recientemente en el diario *La Insignia*, que la haría figurar en la antología más selecta del cinismo político y el pragmatismo antiético.

Según se desprende del texto, a Cuba le han venido como anillo al dedo, por utilizarlos como cortina de humo contra la «oposición pacífica cubana», los dos mil misiles enviados contra Iraq en menos de siete días, los 270 mil soldados desplegados sobre el territorio de la antigua Mesopotamia, el saqueo de cinco mil años de civilización que arrasó con el Museo Nacional de Bagdad, la Biblioteca y el Archivo Nacional, el Ministerio de Donaciones Religiosas, la Biblioteca Coránica y el Teatro de Babilonia, así como la población civil masacrada y el medio millón de niños que, según la UNESCO, requerirán urgente atención psicológica después de sufrir el horror de la guerra.

Fueron algunos intelectuales quienes le aportaron al autor de *Tiempo de fulgor* la explicación del proceder del gobierno de la Isla: la amenaza norteamericana y la necesidad de defender el país. Sin embargo, esas serían fuentes poco confiables al tratarse de intelectuales «usualmente disciplinados con el gobierno de la Isla» y que «suelen defender las posiciones oficiales cubanas». Pocos escritores conocen tan bien como Ramírez la contradicción entre los Estados Unidos y Cuba —y entre Estados Unidos y las revoluciones, pues él mismo estuvo en el epicentro de la revolución sandinista— y tiene cabal comprensión de hacia dónde puede conducir el diferendo.

Ramírez pudiera dar fe del origen de los contras, de cómo fueron llamados por la prensa libre «luchadores por la democracia», y de cuál fue el papel de los Estados Unidos en su manutención. Siendo vicepresidente de Nicaragua, fue testigo directo de la política que combina desestabilización económica, campaña mediática, acoso militar y promoción de la «disidencia pacífica», con la exigencia paralela de «apertura política» y celebración de «elecciones libres». Debe recordar también hasta dónde es capaz de llegar la cúpula gobernante norteamericana para conseguir sus objetivos: el financiamiento a la «oposición nicaragüense» dio lugar al mayor escándalo político en los Estados Unidos desde Watergate: el Irán-contras, al utilizarse el dinero sucio obtenido de las ventas de armas norteamericanas a Irán en el sostenimiento de la contraguerrilla nicaragüense. Seguramente, tampoco ha olvidado cómo los Estados Unidos no cedieron terreno hasta conseguir la derrota del sandinismo: las elecciones de 1984 en Nicaragua, a pesar de ser libres y justas, no fueron reconocidas por Washington, como sí lo fueron las de 1990 en las que el FSLN perdió el poder «democráticamente». En éstas, el principal argumento electoral de la candidata de los Estados Unidos, Violeta de Chamorro, fue la promesa norteamericana de acabar con la guerra.

«Nadie puede ignorar —asegura entonces Ramírez— que el enfrentamiento de Cuba con Estados Unidos, con altos y bajos, lleva ya casi medio siglo, lo mismo que las amenazas de invasión.» No obstante, y pasando por alto que el problema

tiene más larga data, piensa que tal amenaza real pierde capacidad de justificación al enviar a la cárcel a seres humanos por el «hecho de disentir en términos políticos y expresar esa disidencia de manera pacífica».

A inicios del siglo XXI, al desarrollar una guerra de conquista mundial, las bases de la política exterior norteamericana parecen haber retrocedido a una plataforma pre Viet Nam. En esa cruzada ya han sucumbido la Organización de Naciones Unidas, Yugoslavia, Afganistán, Iraq y se amenaza ahora a Siria y Corea del Norte, se crean tensiones entre Colombia y Venezuela y se provoca que en Bolivia el embajador norteamericano actúe con antidiplomática agresividad. No hace demasiado tiempo, el hermano del presidente de los Estados Unidos, quien es además gobernador de la Florida, el estado que concedió a George W. Bush la primera magistratura en contra de los votantes, ha dicho que Cuba debe mirarse en el ejemplo de Iraq. ¿Qué vínculos relacionan a una «oposición pacífica» con el ejemplo de Iraq? ¿Cuál es la opción «de pensamiento diferente» de quien trabaja para la potencia que en ninguna circunstancia histórica ha reconocido la independencia de Cuba? ¿Cuál es el empeño mesiánico que lleva a James Cason, jefe de la sección de intereses de los Estados Unidos en Cuba, a recorrer 6 mil millas en la Isla y a convertir su residencia oficial en lugar de trabajo de la «oposición pacífica»?

La imagen de patética pobreza que Ramírez otorga a la «disidencia cubana» nada tiene que ver con los recursos con que el Imperio la sostiene. Con fondos públicos, el gobierno norteamericano sufraga una emisora de radio y otra de televisión destinadas exclusivamente a la subversión en Cuba. Sitios web, emisoras, periódicos y revistas financiados públicamente por el gobierno norteamericano, o por la CIA en privado, —en un contexto en que cuatro de cada cinco noticias publicadas en el mundo son generadas por agencias norteamericanas— no son las «hojas volantes» de las que habla en su texto Ramírez. (Solo por curiosidad, ¿cuántos «mimeógrafos viejos» podrían comprarse con quince millones de dólares?)

El autor de Margarita, está linda la mar debe saber que es falsa la alternativa entre aceptar en bloque todo el actuar de la Revolución o negarle la solidaridad en estas circunstancias. Cuando se tiene una conciencia tan clara del peligro de una agresión contra Cuba, tal cual lo reconoce el artículo, ¿cómo es posible equiparar el «conmigo o contra mí» del emperador fascista —el Cuarto Reich le han llamado al actual gobierno norteamericano—, con la política seguida por Cuba? ¿Cómo es posible poner en un plano de igualdad a ambas naciones? ¿Qué relación guardan la mayor potencia mundial, que desarrolla una guerra de agresión a escala planetaria, con una Isla obligada desde hace cuarenta años a defenderse?

Después de la derrota del FSLN en 1990, el escritor reconoció que la mayor frustración de su vida política era «la impotencia, el no poder hacer el cambio por el que luché contra Somoza: hacer que la sociedad nicaragüense fuera menos injusta», y entiende que hoy Nicaragua sigue «siendo tan injusta como en la era somocista, y el atraso, la crisis alimentaria, la falta de conciencia ambiental, la corrupción y la explotación extranjera se extienden por toda Centroamérica». Después de reconocer su frustración, Ramírez debía al menos abstenerse de instruir a Cuba sobre cómo defender una revolución.

Si el proceso cubano fuese a estas alturas un sinsentido histórico, un remake pavoroso de la revolución de la guillotina, como sugiere Ramírez en su texto, y él no deba sentir compromiso alguno con el sistema político de la Isla, al punto de que se crea en el deber de denunciarlo y callar ante la campaña de su agresor, ¿cuál es el compromiso del autor de *El hombre de Niquinohomo* en relación con Nicaragua? Si su solución es abandonar la política, y denunciar todo poder, lamentarse será entonces su única enérgica postura. Si la Revolución para él es algo que ya no hay que hacer, a pesar de que en Nicaragua «todo siga igual», el compromiso del intelectual con la justicia podrá recurrir solo a las palabras del Popol Vuh.

En el reciente debate sobre Cuba, se ha afirmado que un intelectual europeo puede tener una visión distorsionada de nuestra realidad y nuestra historia, diferente a la de un latinoamericano. Esto puede ser cierto. Lo que resulta en verdad insólito, y muy amargo para los cubanos, es que desde la tierra de Darío y de Sandino, precisamente desde la entrañable Nicaragua y en este momento de graves riesgos, se ataque a Cuba rehuendo, según Ramírez, «un viejo discurso que solo hace honor a viejos preceptos escolásticos». Como si no fuesen viejas, y también dolorosamente actuales, las agresiones contra los pueblos de América Latina y la escolástica más totalitaria, y peligrosa, no fuese la del discurso imperial. ■



Ilustraciones: Idania

no se puede callar

Sergio Ramírez
Nicaragua

Cuando las bombas inteligentes estaban cayendo sobre Bagdad, y lo que veíamos en los periódicos y en las pantallas de televisión era imágenes de niños mutilados en camas de hospital desprovistas de todo, pensé que la batida del gobierno de Cuba en contra de los escasos disidentes políticos, y los juicios de naturaleza sumaria a que fueron sometidos para condenarlos a largas penas de prisión, era una manera de actuar detrás de la cortina del humo levantado por los bombardeos de los aviones norteamericanos que sellaban la suerte de Irak como país ocupado.

Después, cuando la indignación mundial crecía ante el saqueo de los tesoros de la humanidad conservados en los museos de Bagdad, un saqueo vigilado por las tropas de ocupación de Estados Unidos, y las llamas consumían las bibliotecas que guardaban manuscritos milenarios, y vinieron los fusilamientos de los reos que habían querido secuestrar una embarcación en la bahía de La Habana, fusilamientos consumados en secreto y sólo anunciados después, creí que el ruido de los saqueos y, otra vez, el humo de los incendios, estaban siendo usado como cortina de esas acciones, que pueden ser muy legales pero no por eso dejan de causar estupor y rechazo.

Ahora, sin embargo, leyendo artículos que no pueden parecer sino concertados, publicados en distintos medios de prensa de América Latina por autores usualmente disciplinados con el gobierno de Cuba, y que suelen defender sus medidas y acciones oficiales, creo poder entender las razones reales tanto de la prisión y juicio sumario a los disidentes, como los fusilamientos de los secuestradores. El alegato consiste en que Cuba no va a rendirse jamás, y que si es invadida por Estados Unidos, ahora que están a la orden del día las invasiones y las amenazas de invasión, los cubanos están dispuestos a luchar hasta el último hombre; y más importante que eso, para demostrar que no hay concesiones ni negociaciones posibles frente a las amenazas, se adelantan a demostrar que en el caso de apretarse el cerco, los disidentes no serán dejados en paz ni libertad para formar una quinta columna que allane el camino del invasor.

Me parece que un país que se siente amenazado como seguramente se siente Cuba, en un clima enrarecido como el que el mundo está viviendo, cuando terminada la operación Libertad para Irak todo parece indicar que se prepara el turno de Siria, tiene todo el derecho de formular una estrategia preventiva para tratar de evitar que se desarrolle, o se consolide, una agresión militar. Nadie puede ignorar que el enfrentamiento de Cuba con Estados Unidos, con altos y bajos, lleva ya casi medio siglo, lo mismo que las amenazas de invasión.

Pero las justificaciones se terminan cuando esa estrategia se hace con las vidas de seres humanos, fusilados por delitos repudiables como el secuestro, pero que en otras condiciones que no fueran consideradas de emergencia seguramente hubieran sido sólo dejados en prisión; o seres humanos procesados y enviados por largos años a la cárcel por el hecho de disentir en términos políticos y expresar esa disidencia de manera pacífica, a los que esa misma estrategia preventiva convierte en peones.

El ministro de Relaciones Exteriores de Cuba, Felipe Pérez Roque, ha dicho en su más reciente conferencia de prensa que el hecho de que algunos de los disidentes no hayan sido apresados ni juzgados todavía, no quiere decir que no lo vayan a ser en el futuro, lo que no hace sino confirmar esta política de «cuotas» sacadas de un arsenal del que se irá echando mano si se necesita. Si los vientos cambian, ya se los entregarán como gracia a algún visitante extranjero de calibre, norteamericano o europeo, como ha sucedido antes.

La izquierda que se siente defensora de oficio del gobierno de Cuba, yerre o no yerre, ya empieza a tratar de acallar a todos los que sienten sublevada su conciencia ante estos hechos deplorables, bajo el argumento de que se trata del derecho a la legítima defensa frente a los preludios de una agresión, y que cualquier voz en contrario le hace el juego al imperialismo. Es un viejo discurso que sólo hace honor a viejos preceptos escolásticos. La posición pública de José Saramago, por el contrario, siempre indeclinable en asuntos de principio, viene a decirnos que la lucidez crítica debe ser un atributo del pensamiento de izquierda.

No se puede guardar silencio bajo razones de alineamientos estratégicos, ese desgraciado «estás con Cuba o estás contra ella», porque sería lo mismo que pide Bush, o con los Estados Unidos, o contra los Estados Unidos. Cuando se llega a aceptar que todo el que piensa diferente es un enemigo, y todo el que imprime una hoja volante en un mimeógrafo viejo es un delincuente, y que la falta de libertad de expresión total es el adorno de un sistema político, más bien que un defecto capital de ese sistema, porque se trata de un sistema «diferente», se está entonces dispuesto a justificarlo todo. Esa clase de socialismo no favorece ni enaltece a los seres humanos, sino que los mutila de la cabeza. Es decir, los decapita. ■

http://www.lajiribilla.cu/2003/n103_04/103_44.html



fichar & Cuba

Rogelio Riverón
La Habana

Jugaban porque era imposible no hacerlo, jugaban porque sí y hasta porque no; porque las manos se les iban solas tras las fichas, para resucitar por adelantado, para prolongarse en el recuerdo que un rato después desmenuzaban sobre la almohada de sus cuartos de viejos.

Con filosa grandilocuencia, Jorge Luis Borges se lamentó una vez de que el Hombre pasara de jugar al ajedrez a jugar al fútbol. Exigía el maestro el predominio del intelecto sobre lo que consideraba un retroceso del espíritu, porque, como un yogui, estaba convencido de que el individuo no precisa de actividad física para mantenerse saludable.

A Borges, así sea parcialmente, los cubanos le conceden la razón cuando juegan al dominó. Y aquí, qué duda cabe, se juega mucho. Se juega por costumbre, por manía, por pasar el rato y por puro capricho. Se juega fuerte, un dominó rociado con alcohol pendenciero y apócrifo, con un plagio de ron lacerante e inextinguible, o a palo seco, cada día de Dios, de mañana y de tarde, llueva o truene, haya o no que trabajar. Curioso me parece el hecho de que el cubano, en su molde de tipo apasionado, jugueteón y sanguíneo, tenga entre sus arrebatos más auténticos al béisbol y al dominó. Si se mira bien, ambos son juegos morosos: la pelota, de acción dosificada, muchas veces de amagos que no florecen, de innings que se van de unos-y tres y vuelta a cubrirle al contrario y el sol a pulso sobre las graderías del center field, y sobre el terreno. La pelota no goza de la rapidez del odiado fútbol de Borges, ni del basketball, ni del volleyball, ni del ping-pong, ni del tennis, ni del badminton, y menos del ice hockey, pero es el bálsamo nacional. Y el

dominó, de magnitud más modesta, es un bálsamo de segundo grado. Aunque tal vez no sea necesario arrimar comparaciones tan perversas. Pues el dominó, más doméstico, trenza las pasiones con una sabrosura renovada, tanto que no nos damos cuenta de su escasa estrategia, de sus combinaciones finitas, y apostamos a la nostalgia nacional sobre el mismo estira y encoge de matar al contrario o pasarse ridículamente ante el abucheo de los mirones.

Mirando jugar a los viejos en San Juan de los Remedios fue que me di cuenta de que la fuerza de atracción del dominó no es superficial, sino que se redondea con paciencia y se hace irresistible. Yo era renuente al cubano, esa manera de ser apurada, repetitivamente (el cubano es a Cuba lo que el hábito al monje, por así decir, lo que la guayabera al funcionario, lo que los tacones a Madonna). De modo que me fui para la esquina reculando, escéptico cual tauro de marca, a tratar de adivinar la esencia de un juego que no juego casi nunca. Quería, ridículo de mí, una explicación semiótica del dominó —del dominó cubano— por encima del choteo incisivo y auténtico de los jugadores que se van retando, vilipendiando en claves que se repiten, pero no se gastan nunca, por encima de la atmósfera de conflagración que revienta cuando revientan las fichas sobre la mesa y las carcajadas en el aire. Ese era un ritual del que se podía

bien extraer cualquier conclusión sobre Cuba y sus pueblos de tardes a plomo sobre las soleras, de casas con cocinas al fondo que huelen a café y a malos combustibles, de viejas que se llegan hasta la mesa que los jugadores establecieron en la acera, y tratan de que algún contendiente deserte y vaya a conseguir una legumbre, a acarrear unas viandas. Esa sierre que forman las fichas dibuja la nobleza de los jugadores todos, pensé mientras los viejos seguían pegando fichas a la fila, cartografiando una cofradía que los sobrepasaba, porque su despliegue venía de una tradición que no era dócil, sino empecinada. El dominó crea hábito, me explicó Antonio Pérez, uno de aquellos remedianos que juegan de sol a sol, es como la bebida, como una droga. Y en sus ojos risueños supe que en aquellas escaramuzas engañosas no le iría la vida, pero sí el ser.

Me atrapó el contorno de aquellos días en que estuve asistiendo al juego desde afuera, en que me castigué a no sentarme a la mesa, ya que no creí desde el principio en su importancia. No era que los viejos estuvieran jugando para no morir. Jugaban para vivir, que es diferente. Entonces no había que rastrear una razón que estaba allí: jugaban porque era imposible no hacerlo, jugaban porque sí y hasta porque no; porque las manos se les iban solas tras las fichas, para resucitar por adelantado, para prolongarse en el recuerdo que un rato después desmenuzaban sobre la almohada de sus cuartos de viejos. Para repetir tras cada data, ganaran o perdieran, la misma frase siempre: *Dominus vobiscum*. ■

http://www.lajiribilla.cu/2002/n35_enero/920_35.html

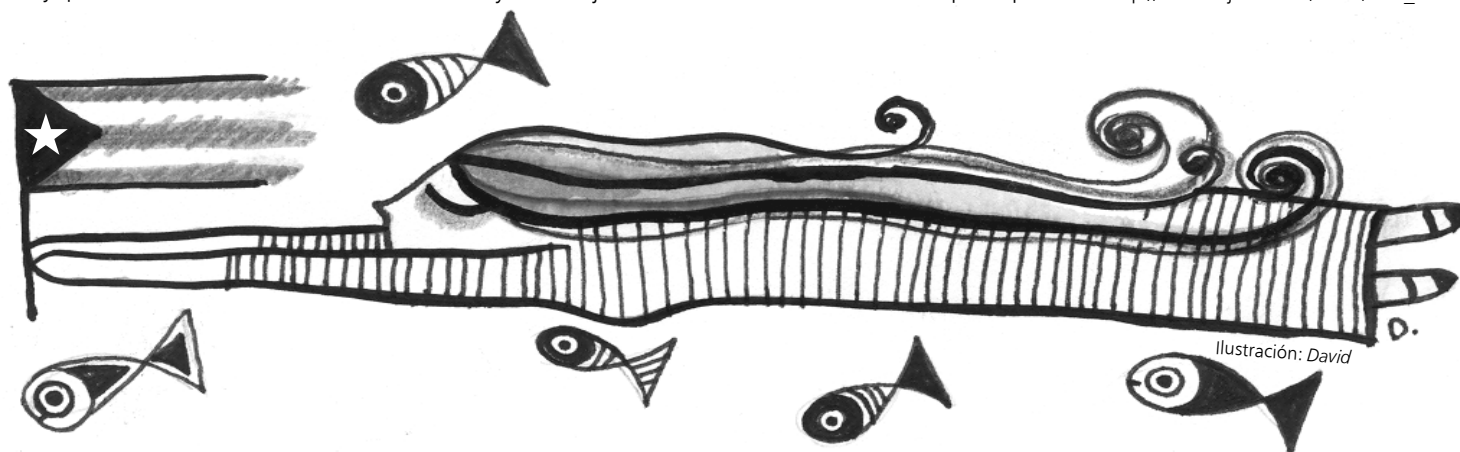


Ilustración: David



Roberto FABELLO: abriendo puertas

Estrella Díaz
La Habana

Vuelve al Museo Nacional de Bellas Artes el maestro del dibujo, la pintura, la ilustración y el grabado cubanos.

Quince años han transcurrido desde que Roberto Fabello, reconocido artista de la plástica, expuso por primera vez una muestra personal en el Museo Nacional de Bellas Artes. En breve, Fabello celebrará sus treinta años de vida como profesional de los pinceles, las gubias, los lienzos, las planchas, las cartulinas. *La Jiribilla* visitó el estudio de este creador...

¿Un poco de mí?

Ese es el título de la exposición. Describir una obra es difícil y no quisiera andar haciendo discursos. Son piezas que tienen un carácter escultórico; objetos tridimensionales que se conjugan en una suerte de lo que se ha dado en llamar instalación y que están realizados a partir de dibujos que había elaborado en mi continuo vicio de dibujar y de acumular imágenes.

En este caso son objetos que tienen que ver con la mesa, con toda la actividad de la alimentación, de la subsistencia; objetos como platos, tenedores, cuchillos, jarros que están en la vida cotidiana junto al hombre y que en sí mismos tienen una belleza que se enriquece por el uso cotidiano. Me parece que estos objetos son parte de los conflictos del hombre, que lo acompañan en el problema de la subsistencia, o de la carencia, del despilfarro o del exceso. También otros factores que están relacionados con lo social y lo ecológico. De alguna manera, en ellos se corporeizan dibujos que había realizado y colocado en esta instalación, que le he dado en llamar «Mesa», pudieran tener otra connotación u otro nivel expresivo diferente al que he empleado en otros soportes como el dibujo o la acuarela.

Es otra cuerda dentro del mismo universo temático que he trabajado en otro momento, pero adquiere un sentido diferente y por eso digo nuevo, porque los trabajos se agrupan en una dimensión relacionada con el hombre. Quizás el hecho de darle un gran tamaño a estos objetos pudiera estar hablando de la dimensión del problema como acuciante y siempre presente y a veces —en algunas regiones del mundo—, insolubles, por la injusta distribución de las riquezas.

Me interesaba que visualmente —más allá de esos propósitos expresivos— fueran más trascendentes y plásticamente pudieran acercarse al hallazgo plástico. Esos objetos van acompañados de residuos, restos orgánicos y espejos. Están los platos de grandes dimensiones, por ejemplo hay uno que está bordeado por el muro del Malecón, que nos es tan afín y familiar. Dentro del conjunto de la pieza lo titulé «Mar Interior».

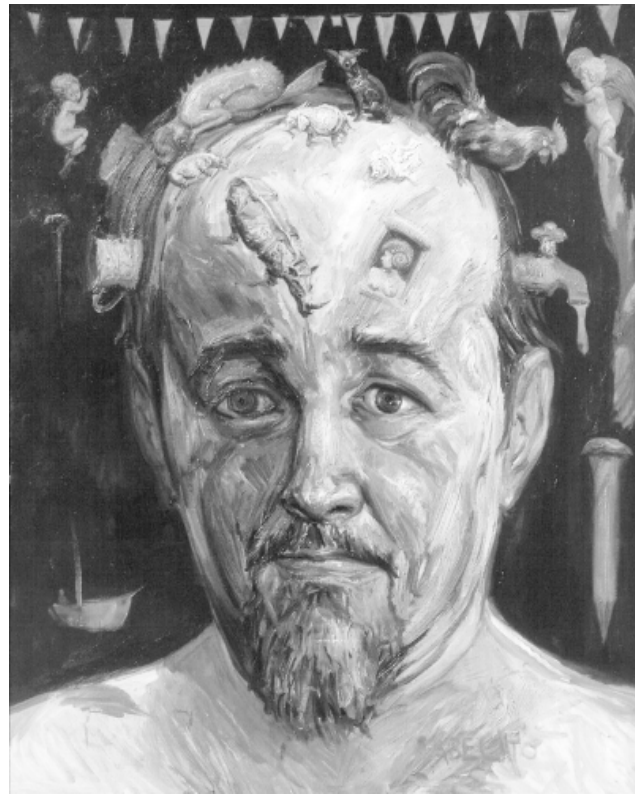
Desde que llegué del campo a la ciudad siempre he vivido cerca del Malecón y creo que, en algún momento, todos los artistas plásticos han tomado el Malecón como motivo; esa orilla, ese punto límite entre la tierra y el mar, con todo su encanto, poesía y simbología. Tengo otro plato lleno de huesos de res —que en sí mismos tienen una extraña belleza— y que de alguna manera dan testimonio de la acción depredadora del hombre en su necesidad de alimentarse. El hombre en esa urgencia va acumulando residuos y va dejando huellas y también vacíos en la naturaleza. Quizás por ahí está el intento de hacer algunas

asociaciones. Estos objetos van acompañados de un conjunto de acuarelas de gran formato. Las acuarelas que están más dentro de las piezas que tradicionalmente he hecho con esa técnica pictórica que tanto me gusta y también tienen que ver porque hay recipientes, platos y objetos relacionados con ese universo temático.

¿Ese sería el hilo conceptual de la muestra?

Podría ser porque ese es un material que se ha ido acumulando en el último año y medio y que, un poco forzado por la necesidad de exponer obra, me decidí a reunir y a demarcar los límites temáticos y la línea que podría definir el sentido y el tema de la exposición. Es por eso que pueden relacionarse con ellos a través de este hilo conductor.

También hay algunas piezas que he reunido en una especie de retablo en el que se agrupan pinturas sobre madera unidos como si fuera un gran mosaico donde hay algunas referencias al sistema central de la exposición, pero que han sido realizados en diversos momentos de los últimos cuatro o cinco años. Son piezas que conforman una especie de imaginario personal, una especie de galería de retratos que constantemente he realizado en distintos soportes, es decir, a través del dibujo. En este caso es pintura sobre madera, sobre caoba, cedro... sacada de viejos muebles tirados que han sido excelentes soportes y que he ido reuniendo azarosa y caprichosamente en esos tableros. Eso es un poco de mi fluir como pintor y son piezas que tienen menos drama en



Autorretrato. *Un poco de mí* / óleo sobre tela, 101 x 81 cm, 2002

relación con la ejecución porque las realizo como divertimento. Estoy mostrando una parte de mí y estoy mostrando esa zona de ocupación azarosa a cosas más complejas a las que me refería al inicio y que pudieran ser más conceptuales, ideas que son mucho más identificadas con propósitos expresivos determinados y todo eso forma parte de mi naturaleza.

¿El hecho de incursionar en la madera y en la instalación como soporte expresivo, puede entenderse como un desplazamiento o abandono de Fabello de la cartulina y el lienzo?

Yo no abandono, yo integro. No voy a suplantar. Quiero abrir puertas y asomarme a ver qué hay, guiado por una necesidad, por un gusto en esa aventura. Todo ello es como un ejercicio natural de búsqueda y de voluntad intelectual de examinar, de indagar diversos temas, alternativas; propuestas que pudieran ampliar y enriquecer el proyecto personal. No se trata de excluir sino de incluir. Mientras más pasa el tiempo más quiero añadir cosas. Es una dualidad: a medida que vas esencializando cosas vas incluyendo y por eso he incluido estos grandes objetos realizados en aluminio y otros materiales, pero que van incorporándose a mi manera de mirar y que para nada es excluyente.

Hay críticos que estigmatizan la instalación como una manera efímera de expresarse...

No me preocupa si es algo efímero o no. Eso no es mérito ni un demérito. Siempre que exista arte metido dentro y siempre que haya una imagen o una visualidad que provoque una inquietud, que deje una huella en la memoria o en los sentidos en general, creo que cumple un cometido importante. No sólo las instalaciones, hay otras piezas que son efímeras porque aun

cuando han sido realizadas en los supuestos soportes tradicionales o conocidos y, entre comillas, garantizados, salen rápidamente de la memoria de las gentes y por lo tanto son más efímeros.

Sé de las agonías que encierra para un artista los días previos a la inauguración de una exposición personal. ¿Cuáles son sus expectativas ante esta muestra y qué va a ocurrir posteriormente con su vida profesional?

Lo veo como un momento en el camino; no es una pausa, sino un momento de conflicto al que siempre le tengo un poquito de temor, por qué no decirlo. Respeto mucho a mis colegas, al resto de los artistas, al público, me respeto yo mismo y no me parece que sea un momento para poner cualquier cosa que a uno se le haya ocurrido o lo que ya ha sido visto o conocido. Estoy tratando de mostrar algo diferente que quiero compartir con los demás. Creo que después de todo ese tiempo sin exponer era conveniente hacerlo. Esas razones se unieron. Simplemente digo que es un momento de conflicto y a la vez de continuidad. Seguiré desarrollándome cada vez que se me aparezca algo que me resulte interesante, atrayente, pues me introduciré en ese camino. Con estas incorporaciones de objetos y cosas de carácter tridimensional y otros soportes; se enriquecerá, seguramente, mi trabajo o yo haré todo lo posible porque se enriquezca; siempre con un gran respeto hacia el arte, hacia uno mismo y hacia los demás y con el deseo de encontrar el camino del disfrute de la belleza, de la imagen y de la plenitud que entraña el poder tener la posibilidad de concebir un mundo propio que se le puede mostrar a los demás.

Como espectadora debo confesarle que a mí su pintura me sobrecoge, me asusta y...

Esa puede ser una reacción lógica o un efecto que puede causar mi trabajo sobre ti. A otros, de distinta naturaleza, quizás no le provoque ese impacto. Me preocupa un poco que te asuste... Realmente creo que en mi trabajo, en ese mundo en que yo palpito, hay una fuerza tal vez aterradora. Sin embargo, siempre pongo mucha ternura y cariño en cada imagen que realizo y en el fondo sólo percibo eso, a pesar de que en apariencia son muy desgarradoras. Lo humano que está presente en mi trabajo es lo que, de alguna manera, explica la rudeza de esas imágenes. En otras no. Creo que tengo un registro de imágenes en el que las más duras tienen siempre algo tierno y lo más tierno, como imagen, tiene algo duro, que araña un poco. Para ejemplificarlo de una manera muy simplista: puedes encontrar un cerdo colgado, desgarrado, sangrando, acompañado de un par de personajes con cuchillos y tenedores y que se llame «Las ilusiones perdidas». Hay ahí una historia muy humana donde yo he utilizado un animal para referirme a la existencia, a las desgarraduras de la vida y a la misma muerte. Sin embargo eso forma parte de lo humano. En otras ocasiones —en que he trabajado sobre cabezas delirantes, como orates—, he añadido elementos o tonos, o algo que yo creo las hace un poco tiernas, un poco más frágiles. He trabajado sobre cabezas de mujeres a las que les añado elementos desafiantes o aparentemente discordantes. Han ido saliendo así y son maneras de buscar un equilibrio extraño que nunca se llega a alcanzar y que te dice que en la vida hay de todo. Hay de bueno y de malo, virtudes y defectos. Quizás se esté filtrando en mi obra, sin darme cuenta, esa visión que tengo de la vida. También la necesidad que uno tiene de ir buscando, encontrando, equilibrando las cosas. Me salen así esas imágenes y me siento humano, preocupado, relacionado con los demás y eso, de alguna manera, sale en mi trabajo. Tal vez lo inquietante que pueda haber en una imagen fuerte sin yo proponérmelo, sea un medio para sacudir al espectador y sacarlo, moverle el piso. No es que me lo proponga a priori, sale así. Si eso inquieta, si eso provoca algunos estremecimientos o pavores también es una manera de mover la mente y los ánimos del prójimo, pero a veces hago imágenes contemplativas y muy complacientes. Yo no me he propuesto hacerlo para uno o para otros. Sale y ya.

¿Futuro?

Dibujar todos los días. Quiero hacer tantas cosas que me parece poco el tiempo. Voy a continuar también con las telas de gran formato. Es una delicia para mí trabajar. Ser artista es una profesión muy especial y estoy totalmente inmerso en ella. Después de casi treinta años de trabajo llegó el momento de compensación a los esfuerzos y como un factor balsámico contra todo tipo de desgracias y sinsabores que uno ha tenido en la vida. Por eso le tengo tanta fe y respeto a mi trabajo y al de los demás. ■

http://www.lajiribilla.cu/2003/n104_05/104_27.html

Comentarios desde el **FIN** del mundo

Humberto Tirado
Miami

Las conspiraciones suelen ser secretas. Lo que no es ni una conspiración ni un secreto es el compromiso de sectores del exilio para derrocar al gobierno cubano y así justificar su obsesión histórica: devolverle a los EE.UU. su colonia del Caribe.

Con el comienzo de la guerra de intervención de los EE.UU. en Iraq, Cuba pasó a ser «centro de noticias» de la prensa norteamericana y europea. Esto no sucedió porque Cuba estuviera, de alguna manera, vinculada al *affaire* Iraq, sino que algunas decenas de activistas, opositores, dicen ellos, al gobierno cubano, fueron arrestados. Según el propio Fidel Castro afirmara en comparecencia televisiva, estas detenciones fueron consecuencias directas de las actividades impropias e injerencistas del representante del gobierno norteamericano en La Habana. Este representante se arrojó el derecho de actuar en la vida política cubana como si fuera una ficha más de ese ajedrez. Hay personas que se resisten a aprender de la historia y no aceptan que existen otras que actúan motivadas no por el dinero y el poder de compra que este provee, sino por principios. La irracionalidad y la impericia de aquellos que tienen el propósito de matar a Cuba como entidad independiente volvió a ser manifiesta, no importa en qué orilla vivan, o mueran.

Las conspiraciones suelen ser secretas. Lo que no es ni una conspiración ni un secreto es el compromiso de sectores del exilio para derrocar al gobierno cubano y así justificar su obsesión histórica: devolverle a los EE.UU. su colonia del Caribe. Estos sectores, con su renuencia a mirar de frente la historia y conceder que el gobierno cubano es un gobierno legítimo y representa los intereses más genuinos de la nación, han tratado de provocar que la experiencia de la intervención norteamericana se reedite ahora en el contexto, no del nacimiento de la primera potencia imperialista, sino en otro muy diferente, el de la emergencia de un poder global económico y militar de carácter fascista, lo que implicaría que las consecuencias y los costos de esa intervención se multiplicaran con respecto a lo que se pagó después de la ocupación norteamericana en 1898.

Desde hace años, desde que el llamado «bloque socialista» colapsó, Cuba está sola. Sola en su aspiración de mantener su estatus de país soberano e independiente, que es el trasfondo político de todo este conflicto. Es verdad que el número de países que tienen vínculos oficiales con Cuba ha crecido en el último decenio; que las relaciones de los cubanos que viven en la Isla con el

mundo han cambiado drásticamente con respecto a los primeros treinta años de la Revolución. No sólo el internacionalismo justifica la salida de los cubanos en este momento. El turismo y las inversiones extranjeras han propiciado que la salida de Cuba se pueda lograr por vías no oficiales. Los cubanos que residen fuera del territorio nacional han aumentado considerablemente los vínculos con su país de origen, emigrar ya no carga el susto de «desaparecer» definitivamente: opciones para el regreso temporal están ahí. (Más temprano que tarde será normal regresar y volver a vivir en el país). Hay quienes se empeñan en hacer pasar como verdad que Cuba es un episodio de la «guerra fría» aún por resolver, para que se incorpore a este mundo que marcha con el mismo entusiasmo que marchaban los países de la Europa oriental hacia el futuro que pertenecía por entero al socialismo hacia los «benéficos» y «prodigiosos» brazos del mercado. Esto es una verdad en las planas de los periódicos y los shots de las cámaras de la televisión y el cine. Ese

«episodio» rezagado que es Cuba es otra cosa en realidad (y eso es lo que molesta): Cuba es la diversidad en un mundo cada vez más aburrido; es la disidencia en un mundo cada vez más homogéneo; es el sitio de solidaridad en un mundo cada vez más egoísta.

Cuba está sola y ahora es cuando esta afirmación parece cobrar realidad. Ahora que las conspiraciones de poca monta de ciertos sujetos de la administración norteamericana han quedado al descubierto. Los datos están ahí, la historia también. La mayoría de los opositores al gobierno cubano han defendido intereses, propios o ajenos. Nunca les ha pasado por la cabeza definirse y actuar de acuerdo a ideas, propósitos. Los esquemas siempre han sido retocados con eso de la democracia, los derechos humanos la libertad de no sé cuántas cosas, pero el trasfondo, el fondo y el frente han sido siempre derrocar un proceso que se opone por su naturaleza y definición al sistema de cosas que abolió: el capitalismo, las podridas relaciones sociales que genera ese sistema, y la injusticia consustancial de toda sociedad que se regula por el capital.

La soledad de Cuba es como aquella voz que clamaba en el desierto: su contenido profético se hace fehaciente en el hecho incontestable de que los programas sociales no sólo se han mantenido, sino que se han incrementado; que el gobierno y sus instituciones no han colapsado y que las durísimas restricciones y la escasez no han socavado la voluntad y la efectividad de sobrevivir. La soledad de Cuba es la esperanza de más del cincuenta por ciento de la población mundial y a una escala mucho menos importante ha sido, para mí, el costado abierto de donde brota agua y sangre, y me ha hecho reconsiderar la importancia de la lealtad y la generosidad.

Los asustadizos de siempre claman por los derechos y la legalidad en momentos en que ambas cosas son meras ilusiones (perdidas), un cuento de un solo imperio. ¿Por qué no se desgañitan pidiendo que se investigue la muerte de periodistas en Iraq durante la invasión a aquel país y el bombardeo del hotel «Palestine» donde se alojaba la prensa internacional? ¡Ah! Se destiñeron con Cuba pensando que así iban a hacer dormir a sus vacilantes conciencias después de haber sido tan timoratos



Ilustraciones: Darien



contra el genocidio del imperio. Pero Cuba, sola, enhiesta, humilde, sensata, desborda sus limitados contornos geográficos y no está al páiro ni al borde de la quiebra, sino redefiniendo y replanteando, en el nuevo contexto internacional que se ha creado, los principios de siempre: respeto a la integridad de la patria, solidaridad para con los más desvalidos e intransigencia con los que pretenden socavarla desde dentro o desde fuera.

En un gastado giro retórico, muchos dicen ser solidarios con Cuba, es decir, con el pueblo cubano y que las desavenencias o rupturas son con el gobierno cubano. Dicen que son pocos los que se han atrevido a solidarizarse con el proceder del gobierno cubano y sus instituciones. Yo quiero ser de los menos. En medio del abandono y de la incomprensión, con mis angustias e indecisiones, abrazo a Cuba, a su historia y tradiciones, a su cultura y sus ciudades y sus pueblos y sus campos y sus caminos y veredas y todo lo que ella es; la abrazo con la timidez de quien sabe que no es mucho lo que puede dar, pero con el convencimiento de que la gratitud y el honor obliga. ■

http://www.lajiribilla.cu/2003/n104_05/104_09.html



Las Bayamesas

Bladimir Zamora Céspedes
La Habana

Los testimonios que han llegado hasta nuestros días, indican que la ciudad de Bayamo ha sido, desde sus orígenes, tierra fértil para la canción. Así de natural, como decir una lámpara, una escoba o un tambor para bordados, en la mayoría de los hogares había una guitarra, siempre a la espera de la mano tentada, por tañerla allí mismo en el salón o en el zaguán o para sacarla al paseo sensual de las serenatas.

En ese ambiente surgió la que se considera la primera canción cubana. Francisco Castillo Moreno y su novia Luz Vásquez, se habían disgustado quizás por una de esas grandes naderías que de momento se interponen entre los enamorados. Pasados unos días, Pancho, como le decían sus íntimos, quería arreglarse con su amada y al encontrarse con sus amigos Carlos Manuel de Céspedes y José Fornaris, les pidió ayuda para componer una canción capaz de conmover a Luz. Enseguida pusieron manos a la obra y ya entrada la madrugada del 27 de marzo de 1851, guitarra en mano y secundados por un violinista, cantaron aquella canción, a la que pusieron por título *La bayamesa*.

Aunque la letra original de *La bayamesa* de Céspedes, Fornaris y Castillo Moreno tiene un espíritu de naturaleza patriótica, poco después del 10 de octubre de 1868 empezó a circular entre los bayameses que estaban en la manigua redentora y también entre los que volvieron a la ciudad arruinada por el fuego, otra bayamesa. Con la música de aquella compuesta en 1851, aparecieron otros versos de plena alusión independentista que hasta hoy se consideran anónimos, pero que muchos atribuyeron en aquellos días de la Guerra Grande al poeta José Joaquín Palma.

Mientras la pieza trovadoresca fue corriendo de boca en boca en los pobladores de Bayamo y no tardó en ser llevada, como hermosa prenda en la memoria, por quienes emprendían los caminos de la Isla, hasta que alguien la tararease en un barco en el que partía lejos, la dominación colonial española era cada vez más insostenible y los criollos que ya se reconocían como cubanos se dispusieron a organizar su lucha independentista. Bayamo fue pionera en estos menesteres. Allí un puñado de hijos valiosos fundaron el primer Comité Revolucionario Cubano. Entre ellos estaba el abogado Pedro Figueredo, que era muy aficionado a la música y a la literatura. Ello le permitió a inicios de 1868 componer una marcha, que luego fue orquestada por el maestro Manuel Muñoz Cedeño, quien poseía la mejor orquesta de la ciudad. Cuando estuvo lista, el maestro Muñoz la estrenó en público, en

la parroquia de San Salvador de Bayamo como parte de una fiesta religiosa y en presencia del Gobernador, que mostró su extrañeza por aquella composición, en nada semejante a la música sacra.

Tenía buen oído el Gobernador español de la ciudad, porque Perucho Figueredo había compuesto la obra, para que fuera el himno de guerra de los bayameses, que no tardarían en lanzarse a la lucha armada. En los primeros meses, la marcha, a la cual Figueredo tituló *La bayamesa* seguramente por el referente de *La marsellesa*, no tenía letra. Sin embargo, al entrar a Bayamo las tropas de Céspedes el 20 de octubre de 1868, Perucho ofreció los versos de esta segunda bayamesa. La leyenda dice que los improvisó motivado por los gritos enardecidos, que en la alegría de sentirse libres del coloniaje hispano, le gritaban: ¡La letra, la letra...! Tal vez ya los traía al llegar a la plaza. Lo cierto es que esta segunda bayamesa, en el curso de la guerra de los Diez Años, fue reconocida como el himno de todos los cubanos. Este que ahora nos estremece a todos y llamamos sencillamente el Himno Nacional.

Llegó el siglo XX y Bayamo siguió siendo zona de frecuentes canciones y de reuniones de trovadores. Y no sólo los que habían nacido allí, sino otros importantes juglares venidos de otras ciudades. Se destaca entre ellos el genial santiaguero Sindo Garay. Que en la década del cuarenta del siglo pasado fue reconocido como hijo adoptivo y cuyos restos mortales reposan en el cementerio de Bayamo desde 1868, cumpliendo su voluntad.

Sindo se pasaba largas temporadas en Bayamo, de fiesta en fiesta, de serenata en serenata. Fue así que una madrugada de 1918, mientras Garay estaba luchando con sus recuerdos en el patio de la casa de Eleusipo Ramírez, situada en la calle Manuel del Socorro, le vinieron juntas la letra y la música, de *Mujer bayamesa*. De esa manera aparecía la tercera bayamesa, o como mucha gente le dice *La bayamesa* de Sindo.

Desde finales de la segunda década del siglo pasado hasta nuestros días, no hay duda de que en Bayamo se han escrito otras hermosas e importantes obras musicales, que podrían también llamarse bayamesas. Nadie puede negar, sin embargo, que las tres primeras bayamesas compuestas entre 1851 y 1918, precisamente en un período rotundo de afirmación de nuestra identidad nacional, son parte entrañable del patrimonio de la nación cubana.



Letra original de La bayamesa de Perucho Figueredo
(Constituida después en Himno Nacional)

*¡Al combate corred Bayameses!
Que la patria os contempla orgullosa;
No temáis una muerte gloriosa,
Que morir por la patria es vivir.
En cadenas vivir es vivir.
En oprobio y afrenta sumidos,
Del clarín escuchad el sonido;
¡A las armas, valientes, corred!
No temáis al gobierno extranjero
Que es cobarde cual todo tirano,
No resiste el empuje cubano,
Para siempre su imperio cayó.
Sea bendita la noche serena,
En que en alegres campos de Yara,
El clarín de la guerra sonara
Y el cubano ser libre juró.
No se nuble jamás esa estrella
Que las hijas de Cuba bordaron
Y que nobles cubanos alzaron
En su libre y feliz pabellón.
¡Gloria y nombre a los hijos de Cuba!
¡Gloria y nombre al valiente Aguilera!
¡Viva! ¡Viva! la alegre bandera
Que en los campos de Yara se alzó.*



Mujer bayamesa de Sindo Garay

*Tiene en su alma la Bayamesa
triste recuerdo de tradiciones
cuando contempla los verdes llanos
lágrimas vierte por sus pasiones*

*Ella es sencilla, le brinda al hombre,
virtudes todas y el corazón
pero si siente
de la Patria el grito
todo lo deja, todo lo quema,
ese es su lema, su religión.*

La bayamesa de Céspedes, Fornaris y Castillo Moreno
(Dedicada a Luz Vásquez)

*¿No te acuerdas gentil bayamesa,
Que tu fuiste mi sol refulgente
Y risueño en tu lánguida frente
blando beso imprimí con ardor?
¿No te acuerdas que en un tiempo dichoso
Me extasié con tu pura belleza,
Y en tu seno doblé mi cabeza
Moribundo de dicha y amor?
Ven y asoma a tu reja sonriendo;
Ven y escucha amorosa mi canto;
Ven, no duermas acude a mi llanto;
Pon alivio a mi negro dolor.
Recordando las glorias pasadas
Disipemos, mi bien, las tristezas;
Y doblemos los dos la cabeza
moribundos de dicha y amor.*

La bayamesa

(versión cantada durante La Guerra de 1868 de la canción dedicada originalmente a Luz Vásquez, autor anónimo)

*¿No recuerdas, gentil bayamesa
que Bayamo fue un sol refulgente
donde impuso un cubano valiente
con su mano el pendón tricolor?
¿No recuerdas que en tiempos pasados
el tirano explotó tu riqueza
pero ya no levanta cabeza
moribundo de rabia y temor?
Te quemaron tus hijos,
no hay quejas
que más vale morir con honor
que servir al tirano
opresor que el derecho nos quiere usurpar.
Ya mi Cuba despierta sonriente
mientras sufre y padece el tirano
a quien quiere el valiente cubano
arrojar de sus playas de amor.*

http://www.lajiribilla.cu/2003/n103_04/aprende.html

El invierno según Roberto Méndez

Sigfredo Ariel
La Habana

He leído el *Libro del Invierno* así: con complicidad y sobre aviso, dando por supuesto que antes de cada arranque de poema hay una zona que perdí, o que llevo adelantada.

Un viaje no puede ser el Viaje, así como ninguna noche puede encarnar la Noche, dice Roberto Méndez, y por lo tanto, ningún libro del invierno podría contener al seguramente enorme *Libro del Invierno*, infinito, como el libro de arena que Borges describió en un cuento misterioso. «Del invierno» le viene a este cuaderno como una anotación musical que indica un tono, un indicativo modal, una manera de ser interpretado, no aludiendo —pienso yo— ni mucho menos a las cercanías con la escarcha física o del hielo ilusorio de nuestro invierno real, ilusorio también.

Tal vez ese tono de la ejecución que advierte el título se corresponda con el autorretrato de la primera página, tan sereno, con un cardo en lugar de la rama florida de Durero, en ese ofrecer el pecho / y los cabellos últimos / a ese momento todavía lejano de la final asechancia, previsto para maderas sobre una perspectiva de viola y chelo y contrabajo con arco. Ha de ejecutarse así, de modo exacto esta música hecha para ningún instrumento, [estas] reminiscencias de libros, viajes, diálogos [donde] la ausencia reina inmutable.

Libro de las estaciones le hubiera puesto yo, tan dado a las mudanzas constantes y a los cambios cíclicos, y sobre todo si hubieran sido más las visiones y los tránsitos por terrenos vistos y entrevistos; sensaciones, más que descritas, anotadas por Roberto Méndez, quien a menudo me parece que da por sentado que fuimos avisados de ciertos antecedentes, o que nuestra conversación ha comenzado antes en el tiempo, que hubo un diálogo anterior al diálogo fijado en la página impresa.

Muchos de estos poemas, sobre todo los dirigidos a una segunda cómplice persona comienzan en ese momento de la conversación en el cual el interlocutor está en vilo, esperando atento, con el oído en guardia, y afilado. La víspera queda fuera, y la descripción, para entrar, como cortado, en el centro de una, por concentrada imposible, plástica. Estos poemas dialogantes se me aparecen como núcleo de esta serie, esas interrogaciones, esos susurros al oído.

He leído el *Libro del Invierno* así: con complicidad y sobre aviso, dando por supuesto que antes de cada arranque de poema hay una zona que perdí, o que llevo adelantada. Es la lectura a la cual, creo, nos obliga el autor, que nos deja en el camino a nuestro riesgo, sin descripción, sin retrato de imagen, sino de esencia, dándonos la mano a veces, a trechos, para luego desaparecer, porque supone que tenemos aliento suficiente para atravesar, como él lo hizo ya, sucesivas noches, sucesivos paisajes, sin compañía alguna. Es allí, en ese instante, cuando nos abandona su mano, que la intemperie se nos llena de formas, sombras, animales; personajes más que reales, hechos de dos dimensiones, igual que si salieran de lienzos y de grabados al aguafuerte: Como un canon infinitamente repetido / va el murciélago por el mundo de las sombras, / ácido, fugaz, pasa de la letra al abismo.

Libro pictórico, a veces de oscuridad flamenca, como de los pequeños y tristes últimos trabajos de Rembrandt, o sacados a fuerza de gubia y de punzón de la lámina de la calcografía con trazo claro y ángulo certero: del otro lado del aire el colibrí se detiene / a considerar si la flor y el acorde son el mismo imposible / que las cuerdas no sofrenan.

Si Roberto Méndez hubiera sido pintor, nos hubiera revelado en sus trabajos sutiles claroscuros, extensiones de rostros y de manos, profundidades de la perspectiva. Sería un pintor de espesura y detalle, de virtuosismo y honradez. Apenas juega su ojo en los alrededores, la forma apenas se distrae. El fondo, levemente arcaico, sale poco de una especie de neblina desenfocada en la que brillan, si acaso, unos ojos, el ruido luminoso de una danza lejana, de una caravana, digamos de pescadores [que] no pudieron arrancar sus redes de la noche.

En su «Homenaje grabado a los hemisferios de Magdeburgo», Roberto Méndez se coloca entre dos grandes esfuerzos opuestos dentro de la absurda esfera de metal donde vive no sólo el vacío. Las bestias tiran en direcciones contradictorias, movidas por el latigazo, de cada extremo de la esfera inmutable: nada hay tan compacto e inocente como el vacío: /

vives en él, amas, mueres / y fuera del lustroso cristal / no se oyen los gritos sino la música pagada / a los mejores laudistas del pueblo, / mientras que diez, cien caballos / quieren alcanzar antes de la noche el horizonte (...)

La orden invernal que ha recibido el diapason alcanza todas las cuerdas del libro, interesa a todas las alturas, a todos

los matices y registros. El poeta ha graduado cuidadosamente sus tintes, porque oficio tiene, y sabiduría para la contención, y oído para mantener un clima melódico estable.

En un cromo que pone título a una sección, «Organista y desnudo», se ha visto así: *Donde yo, virtuoso, amargo, pruebo en dos teclados / la voz de un dios ausente mientras tú apartas / los melismas del dorado como un tábano de la siesta.* Y este esmero repartido en dos teclados, esta atención dual, es también la posición de la esfera que conforman los dos hemisferios de Magdeburgo, negados a separarse porque los junta el universo del vacío, que es también país y planeta, casa y ámbito vital. De allí sale y se dirige la figura de ese *Mariano Brull, torpe y camagüeyano en ese ir hacia la muerte, ya sin ciudad como casi todos, pero aferrado a los ojos.* Y a propósito, en unas líneas anteriores del mismo texto, se nos afirma que *Vivir es sobre-vivir a las ciudades, a las confusiones de unas sobre otras y no poder rehacerlas, separarlas, ser el eros de tal caos.*

Tal caos lo entiendo, lo veo claramente en el chisporroteo de la radio que recorre la pieza, que a mi modo de ver contiene la mayor carga dramática de esta serie, Puente familiar: caos repartido y disuelto sobre el vacío del aire, retazos de amor entrecruzados, cancelados en sus idénticos destinos baldíos, promesas hechas con precipitación de un lado y otro del mar, mientras el centro, sordo y calmo del vacío se convierte apenas en un mientras, en una espera extensa y fuera de foco, un mientras que es el mismo de *Mientras tanto, esa suave y tonta melodía / vuelve a hablar al corazón de otras sombras / no tan felices ni tan fuertes / que procuran acallar los lamentos del poeta que intenta descifrar por último qué es oquedad, carencia, poco menos que suspiro y nada y grita, grita / sin turbar la impasible danza de los bienaventurados.*

¿Dónde están los bienaventurados en este estado vacío que por ahora hemos llamado *mientras*? ¿Dónde los verdaderos «espíritus felices»? En tránsito,

pienso yo, en la búsqueda y el entendimiento del acto puro de Dios, que no es premio, sino obra natural, no en otro sitio.

Este es el libro del invierno, es decir, la última de las estaciones, y la de la espera por una nueva floración. Este es el libro del mientras tanto, del ínterin, el testimonio de una travesía hacia otra estación florida, al decir de Góngora.

Con un adiós adiós hasta otro tiempo Roberto Méndez termina la página dedicada a «La última rosa del verano». Esa rosa única nos servirá de ánora para resistir los embates del invierno y asumir los avatares que en el sentido hindú del término nos aguardan, es decir, los accidentes en forma de reencarnaciones, metamorfosis y vaivenes.

Quienes ocupan los trenes invernales, los que viajan siempre con los mismos rostros, ajados, distantes / y todo intento de cambiar algo en ellos / es menos que sueño y sombra forman parte del conjunto que nunca querría integrar Roberto Méndez. Nos lo ha dicho mientras se retrataba, con un cardo en las manos, en la primera página del libro, con los dedos abrasados / en espera de una imagen más durable sobre el lienzo que Dios extiende y de la gracia que Dios sopla, listo para ser probado.

Ninguna noche puede encarnar la Noche, es cierto, querido poeta, ninguna de las noches estas. ■

http://www.lajiribilla.cu/2003/n104_05/104_19.html



Los Mecenases de la Cultura

la relación secreta entre el arte y la CIA

Frances Stonor Saunders
Gran Bretaña

¿Conocen ustedes el Ministerio de Cultura de los Estados Unidos? No existe, salvo la CIA, que durante la Guerra Fría asumió, secretamente, ese papel. La Compañía operaba según la mentira necesaria y con la posibilidad de negar, verosímelmente, en la búsqueda de su programa democrático, la suspensión de este.

Todos saben qué es la CIA. Se fundó en 1947 y se dedicó a una gama muy grande de actividades, tan vaga que le era posible hacer lo que quisiera. Sabemos mucho de su historia en la organización de operaciones paramilitares, que derrocó a líderes electos democráticamente, que tuvo asociación con la mafia, con los carteles de la droga, y que participó en acciones de sabotaje y espionaje. No necesito recordar sus intervenciones conocidas y algunas veces desastrosas; aunque algunas de ellas con resultados, otras, como la ocurrida en una bahía no muy lejana de aquí fracasaron.

¿Conocen ustedes el Ministerio de Cultura de los Estados Unidos? ¡Ah!, perdón, no existe, salvo la CIA, que durante la Guerra Fría asumió, secretamente, el papel de «Ministerio de Cultura de los Estados Unidos». En los años iniciales de la Guerra Fría los Estados Unidos apostaron por derrocar el comunismo en todos los rincones del mundo. En esta guerra «justa» podían usarse todos los medios inclusive usar lo que se llamaba «la mentira necesaria». El paradigma central de la Guerra Fría no era militar ni económico y ni siquiera estrictamente político. Era y sigue siendo una batalla por la mente de los hombres, una batalla de las ideas. Y a fin de promover las ideas estadounidenses, los Estados Unidos se vieron en posición de decir la mentira con la finalidad de promover la verdad. La CIA operaba según la mentira necesaria y con la posibilidad de negar, verosímelmente, en la búsqueda de su programa democrático, la suspensión de este.

Por ejemplo, muchos de los artistas que trabajaron en los años de posguerra, y produjeron los trabajos artísticos de mayor interés estaban política o teóricamente, en la izquierda. Cuando el Congreso de los Estados Unidos hablaba de la suspensión de los artistas estadounidenses, siempre negaba el patrocinio a los artistas izquierdistas o comunistas y mezclaba la filiación política del artista con su obra, lo que impedía que la obra de estos artistas se mostrara dentro del país o en el extranjero y, en ese sentido, los Estados Unidos compartían la misma política de la Unión Soviética. La Unión Soviética denunciaba el expresionismo abstracto como un arte degenerado o decadente. Aquí es donde interviene la CIA, quien entonces decide que el mejor anuncio de la libertad existente en los Estados Unidos es, precisamente, el tipo de arte al que el propio Congreso estadounidense le está negando acceso. Este sería el arte que convencería al resto del mundo de la sofisticación y del avance artístico de los Estados Unidos.

La CIA escoge la crítica, la poesía, la literatura, como anuncio del vanguardismo artístico estadounidense. Esta es una tarea difícil cuando se toma en cuenta que gran parte del sentimiento contra los Estados Unidos se centraba en la naturaleza kisch de la cultura estadounidense. A esto contribuían personas en los Estados Unidos que se encontraban en posiciones de influencia; por ejemplo, como cuando un presidente de la Coca Cola dijo que cada botella de la Coca Cola contenía la esencia de América.

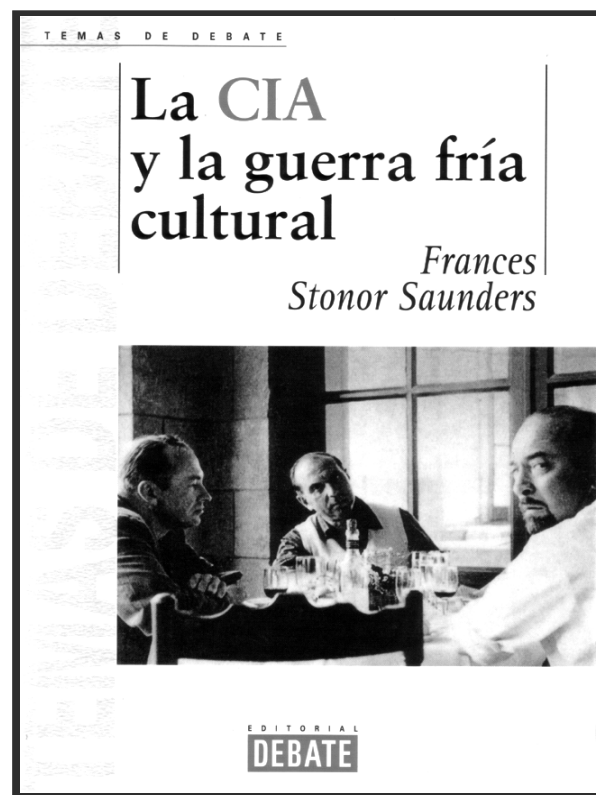
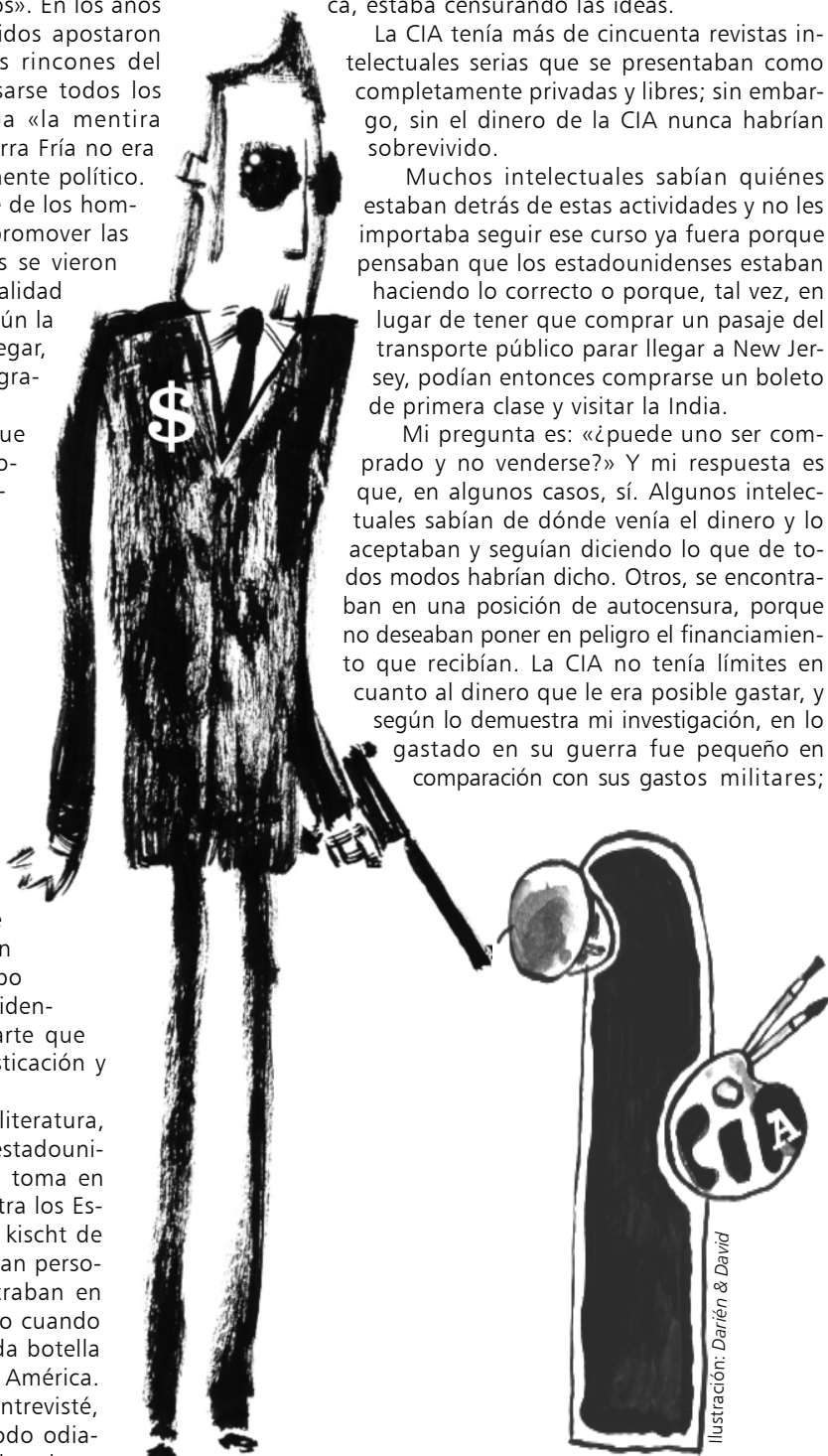
Según las personas de la CIA que entrevisté, toda la *elite* cultural de ese período odiaba la Coca Cola, odiaba a Elvis y la cultura

popular baja. La CIA trabajó muy intensamente con estos mandarines de la cultura para vender ideas culturales elevadas en todo el mundo, con la finalidad de socavar la visión negativa que existía de los Estados Unidos. Con el fin de luchar contra las ideas comunistas y lo que se describía como «la manipulación del proceso intelectual» por parte de los comunistas, la CIA tuvo que emprender las mismas actividades que criticaba. Escondía su participación tras diferentes fachadas y negaba la posibilidad de que se supiera que el patrocinio estadounidense se encontraba detrás de todas esas actividades. Convertía el lenguaje de expresión libre e independiente, porque una vez que se promoviera la expresión libre e independiente estaba limitando zonas de libertad y, en la teoría y en la práctica, estaba censurando las ideas.

La CIA tenía más de cincuenta revistas intelectuales serias que se presentaban como completamente privadas y libres; sin embargo, sin el dinero de la CIA nunca habrían sobrevivido.

Muchos intelectuales sabían quiénes estaban detrás de estas actividades y no les importaba seguir ese curso ya fuera porque pensaban que los estadounidenses estaban haciendo lo correcto o porque, tal vez, en lugar de tener que comprar un pasaje del transporte público para llegar a New Jersey, podían entonces comprarse un boleto de primera clase y visitar la India.

Mi pregunta es: «¿puede uno ser comprado y no venderse?» Y mi respuesta es que, en algunos casos, sí. Algunos intelectuales sabían de dónde venía el dinero y lo aceptaban y seguían diciendo lo que de todos modos habrían dicho. Otros, se encontraban en una posición de autocensura, porque no deseaban poner en peligro el financiamiento que recibían. La CIA no tenía límites en cuanto al dinero que le era posible gastar, y según lo demuestra mi investigación, en lo gastado en su guerra fue pequeño en comparación con sus gastos militares;



pero yo considero que la repercusión que tuvo esta guerra cultural, fue sin embargo, enorme.

Que la CIA usara propaganda para promover una idea de libertad de expresión me parece una dispepsia moral y filosófica total. O sea, es mentir para decir la verdad, es también una expresa manipulación.

No necesito decirles a los cubanos los efectos de la guerra cultural sobre países que no han estado alineados con los Estados Unidos. Pero sé que la campaña para seguir dirigiendo a las personas en el sentido que ellos desean, continúa. A mi llegada aquí encontré una revista publicada en Madrid, llamada *Encuentro*, que es un eco de una revista publicada por la CIA en los años cincuenta llamada *Encounter*. Esta es una revista muy bien presentada y que tiene el caballo troyano muy claro de usar escritores cubanos prestigiosos y presenta una ventana muy buena tras la cual se esconde el mensaje político. Está financiada por la fundación Ford y la National Endowment for Democracy. O sea, es un instrumento de la política exterior estadounidense. Esto no me preocupa anunciarlo mientras se pueda tomar la revista y saber quién la patrocina. Como intelectuales, tenemos el derecho de tener un matrimonio de ideas, incluso con personas que no tengan las mismas posiciones que uno, pero, como dijo la princesa Diana: «En este matrimonio, hay tres personas».

Quiero concluir con una idea. Los intelectuales deben ser animados por normas propias. Deben tener el derecho de patear las barricadas que se erigen en torno a las ideas. Deben tener derecho a explorar la sabiduría de la incertidumbre. Yo disfruto la sabiduría de la incertidumbre. Confieso que no estoy segura de nada excepto de una cosa: Si una sociedad se declara libre y abierta, debe y puede serlo. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2003/n101_04/101_10.html

Los intelectuales y la dominación

Fernando Martínez Heredia
La Habana

Aquellos que no se sientan a gusto con la forma en que Cuba lucha, o les incomode su tipo de sociedad, podrían dejar de mencionarla si les parece preferible. Lo que sería inadmisibles para sus propios valores es no hacer todo lo que puedan, y más aún, por la causa de las mayorías en su país y en el mundo.

Desde hace doce días leo sin cesar documentos escritos para el público por intelectuales que hacen críticas al gobierno cubano a partir de dos sucesos: las fuertes sanciones penales por delitos políticos impuestas a un grupo de ciudadanos, y el juicio y ejecución de tres hombres armados que secuestraron una pequeña nave civil de pasajeros con violencia y la llevaron a alta mar, con grave riesgo para las vidas de los que iban en la lancha. En la mayoría de esos textos se expresan juicios éticos y políticos, se valoran las relaciones entre la ética y la política, se examinan hechos y circunstancias condicionantes, y se apela a un deber ser determinado. La cuestión central es si Cuba debe ser o no condenada por aplicar esas sanciones penales, si defrauda o no las esperanzas que tenían puestas en ella los que le otorgaban confianza, si las circunstancias en que vivimos los cubanos nos eximen o no de la presunta condena, o la atenúan, si vale la pena o no defender a la revolución cubana frente al imperialismo. Algún documento me ha producido dolor, los demás, preocupación, y unos pocos, francamente, asco. Descontados estos últimos, he ido leyendo los frutos de un rico entrecruzamiento de criterios. Pero más que sumarme a ese intercambio, quisiera hacer un comentario en un plano más general, que considero necesario.

Debería ser asombroso que el tema de discusión no sean los terribles hechos criminales cometidos por los Estados Unidos en Iraq en las tres semanas anteriores, por los cuales asesinaron a miles de personas, destruyeron viviendas y hospitales y ocuparon militarmente un país. Y que el tema de discusión urgente no fuera cómo combatir la gravísima amenaza para el mundo entero que representa el grupo dirigente de ese país. Pero no es asombroso. Ya Iraq tuvo su turno, ya se habló bastante de ese caso. Ahora tenemos un lugar más apropiado para la buena conciencia, en el que se puede discutir alrededor de un asunto asible, en el que podemos identificar la presencia o la ausencia de la tolerancia, la democracia, los derechos humanos y algunos otros avances obtenidos o exigidos en el proceso siempre precario de humanización de la humanidad, derechos y prácticas que nos son caros a todos.

Más cercana en cuanto a los ideales está la sana preocupación de que Cuba no actúe en ningún campo como los capitalistas, porque Cuba es como un pedacito de futuro en el mundo de hoy, que aporta la esperanza en que el porvenir es posible. Es muy justo hacer intervenir en los análisis de estrategia y táctica los principios que se comparten; sin estos, los actos se desvían, o se pervierten. Pero esos análisis están obligados a considerar todos los datos principales del problema, que en este caso incluyen las actuaciones y la fuerza descomunal del enemigo mortal de Cuba, el imperialismo norteamericano, en un mundo en que predomina el capitalismo. No se trata de disculpar o no a la revolución cubana porque su enemigo es perverso y su situación es difícil; la cuestión es asumir el problema concreto, requerir más elementos si se necesitan, para tener criterios propios desde el compromiso, y no contraponer algunos hechos dentro un cuadro con una abstracción acerca del deber ser de una sociedad socialista. Las revoluciones son angustiosas batallas por el futuro de la humanidad que se libran en un punto del mundo, y que tienen el deber de defenderse; no son asépticos laboratorios, ni vitrinas que inciten al que las mira a consumir socialismo. Por otra parte, yo comparto cierto argumento que es realmente

serio, pese a cierto sabor dogmático, el de que Cuba socialista no ha sido nunca todo lo que debería ser. Pero si no tuviera Cuba grados muy altos de lo que debería ser, no continuaríamos aquí con un régimen soberano y de justicia social anticapitalista ni recibiríamos la atención de los que aspiran a un mundo que no sea regido por el sistema de opresión capitalista.

El ejército yanqui fusiló a una multitud en Mosul, por responder con piedras al cipayo que los exhorta a agradecer a Estados Unidos por invadir su país: mueren al menos diez personas, cien son heridos. El ministro de la guerra de Estados Unidos ha dicho en su conferencia de prensa de hoy que no enviarán sus prisioneros iraquíes a la base naval de Guantánamo, en territorio cubano usurpado, por ahorrar dinero y porque en Iraq hay suficientes cárceles; preguntan si hay menores presos en las ergástulas en Guantánamo, responde que allí se recibe a la Cruz Roja. Cuántos temas para la angustia, para la denuncia, para la movilización en defensa de los seres humanos. ¿Será que sólo puede juzgarse a quien es situado para ser juzgado, y a nadie más?

Carlos Marx, que sería un ensayista clásico de la lengua alemana si no hubiera sido comunista, escribió en 1846 que las ideas dominantes en una sociedad son las de la clase dominante. Pero dedicó los 37 años siguientes, toda su vida, a luchar contra la dominación, con todos los sacrificios personales y familiares que esa actitud le acarreó. Y se dedicó a la vez a crear una obra intelectual extraordinaria, de valor perdurable para el pensamiento social. Una larga historia ha tenido la cuestión del compromiso de los intelectuales con las causas de la liberación de las personas y de las sociedades, durante siglo y medio en que los medios de la dominación se volvieron cada vez mayores y más sofisticados, pero en el cual la magnitud y arraigo alcanzados por las luchas populares, más su propia naturaleza actual, le han quitado al capitalismo las banderas del progreso, la civilización, la modernidad, la democracia y el desarrollo. Sin embargo, hay que reconocer que en la coyuntura de las últimas dos décadas se ha debilitado el apoyo intelectual a los valores contestatarios a la dominación; las funciones mismas intelectuales se desdibujan, y sistemas férreos de producción y consumo de ideas, informaciones, opinión pública y entretenimientos se proponen gobernar de modo totalitario las necesidades, los gustos, las motivaciones y los sueños de todos.

No han sido los intelectuales los creadores de esa situación. Este es sólo un aspecto de una tragedia que está en marcha, muy abarcadora de la vida de la gente y del planeta: un régimen bestial con un poder inmenso pero sin ninguna salida para las mayorías del mundo dilapida lo logrado por las ciencias, la convivencia y los esfuerzos y sacrificios de multitudes; un grupo criminal y rapaz controla la potencia más poderosa de la historia. Pero el intelectual, escribía el joven ensayista Raúl Roa hace 70 años, por su condición de hombre dotado para ver más hondo y más lejos que los demás, está obligado a hacer política. De entonces a hoy, dos procesos encontrados han sucedido: esa soberanía del intelectual se ha ido perdiendo, por una parte; por otra, se han vuelto imprescindibles las capacidades intelectuales para reproducir la vida en alguna escala y para avanzar.

No queda mucho tiempo, ante la aceleración y la multiplicación de la infamia. Y yo sostengo la tesis y la convicción de que el trabajo intelectual que realmente es útil y trascendental es el que resulta capaz de elevarse por encima de las condiciones de existencia en que se crea, y no se conforma con ser su reflejo o su adorno. Entonces prefiero sugerir a todos los que examinan a Cuba porque tienen preocupaciones sociales guiadas por valores altruistas, que dediquemos nuestros esfuerzos intelectuales a investigar y conocer la naturaleza y los modos de operar del enemigo de la humanidad, sin descuidar hacerlo con nuestra esencia y nuestros actos, porque ellos deben tener cualidades superiores a la

reproducción de lo existente en un mundo en que el sentido común es burgués; que los dediquemos a divulgar esos conocimientos enfrentándonos con resolución y habilidad al control asfixiante de los lenguajes, los pensamientos y sus vehículos; a dar cuenta de los mundos del presente, el pasado y el futuro, con los modos de las artes —que pueden ser más capaces de profundizar, sugerir, educar e incitar que las ciencias—, pero también con los de las ciencias y el pensamiento social, y los instrumentos de una pedagogía de la pregunta que sea una escuela para la liberación; a participar más en las luchas prácticas contra la dominación junto a la gente corriente —cuya dentadura es tan diferente, y cuyo olor suele ser lejano—, asumiendo los papeles que estén al alcance de cada uno en las formas organizadas que tanta falta hacen, y ejerciendo la creatividad para que estas no sean calcos pequeños de la gran dominación que se oponen a ella, sino pasos de avance de una cultura opuesta y radicalmente diferente a la que rige la vida vigente hoy.

Por otra parte, aquellos que no se sientan a gusto con la forma en que Cuba lucha, o les incomode su tipo de sociedad, podrían dejar de mencionarla si les parece preferible. Lo que sería inadmisibles para sus propios valores es no hacer todo lo que puedan, y más aún, por la causa de las mayorías en su país y en el mundo, y porque cada individuo tenga la posibilidad de vivir como persona y aspirar a ser feliz. Si eso sucede, estarán enfrentando a los enemigos comunes, y también estarán prestando a Cuba una solidaridad inestimable. Por ese camino encontraremos además el respeto a la diversidad maravillosa de los seres humanos y sus creaciones, en vez de hacerlo sólo de manera declarativa. Y descubriremos, entre todos, la necesidad vital de darle sentido y contenido a otra palabra clave que hoy está reclamando su lugar, por nuestro bien: el internacionalismo. ■

http://www.lajiribilla.cu/2003/n103_04/103_20.html



Ilustración: Nelson

Los Intelectuales Y LA práctica

viene de la página primera

El buen intelectual está contra toda violencia, venga de donde venga

Nada más cierto; y son pocas las excepciones que afirmamos que pensar es distinguir entre los fenómenos (o, al menos, empieza por ese esfuerzo), o sea, que es todo lo contrario a echar en una bolsa de basura todo lo que quepa en ella en función de ciertas semejanzas que a veces son realmente serias e importantes (por ejemplo, un tiro de pistola suena igual que otro tiro de pistola), para hacer después un juicio global sobre aquel conjunto heteróclito. Por ejemplo, para mí es preciso establecer que son fenómenos diferentes el disparo de un sicario sobre un dirigente sindical en América Latina, y la ráfaga de metrallera de Ernesto Che Guevara contra un cuartel de «casquitos» durante la dictadura de Batista; y mucho más otra cosa es la explosión de unas bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, y el homicidio a navaja que se produce en un arreglo de cuentas o en un trance pasional. Todos son actos violentos y, por ello, indeseables; pero a partir de esa constancia es preciso ponerse a pensar y ver la entidad propia de cada una de esas violencias, ante cada una de las cuales nuestro rechazo tendrá también su propia entidad, o incluso no llegará a ser tal rechazo (defensa propia, tiranicidio, violencia revolucionaria...); por lo que no es indiferente esa genealogía para paralizarse en un rechazo de —como dice un eslogan casi popular entre los intelectuales «buenos»— toda violencia, venga de donde venga, pues que, siendo todas ellas indeseables, como decimos, merecerán diferentes atenciones, de manera que el juicio moral y político sobre ellas se basará en el conocimiento de su diferente cualidad y etiología, y en el análisis de las motivaciones, desde las psicológicas a las sociales, de cada uno de esos actos violentos; y es de decir que esa metódica distinción en la masa de lo que es heteróclito (aunque una importante nota común sea la violencia) es la vía *sine qua non* de un pensamiento «en forma» —o sea, fuerte— y de la moral, y de una acción efectiva para que tales actos violentos —cada uno en su índole— lleguen un día a ser definitivamente imposibles. En cuanto a mí, por mera decencia intelectual, no puedo poner en el mismo saco a un militante palestino que se hace estallar ante un cuartel israelí o en un autobús con todo el horror que ello comporta, y los bombardeos desde el interior de grandes formaciones blindadas de enormes carros de combate o el lanzamiento de misiles de helicópteros sobre casas habitadas palestinas en un campo de refugiados. Mi punto de vista, como intelectual «malo», es que en todos los casos de violencia, incluso en los de mayor similitud, existen diferencias, a veces radicales, y en todo caso dignas de tenerse en cuenta. No digamos cuando los actos violentos son, por ejemplo, la bomba de un guerrillero de las FARC de Colombia, que combate por la revolución de su país, en un lado, y la tortura de un policía o un militar británico, al servicio del Reino Unido, a unos detenidos irlandeses sospechosos de pertenecer al IRA, en el otro. ¿Se me puede seguir por ahí, o ese camino es impracticable para un buen intelectual de hoy, para el humanismo de una izquierda bienpensante? ¿Me quedará yo solo o acompañado de algunos poetas malditos, candidatos a la marginación y al desprecio?

10

Insistiendo en la indeseabilidad radical de la violencia en sus diferentes despliegues y entidades

A sus casi ochenta años, y siendo uno de los dramaturgos esenciales del teatro español en el siglo XX, Alfonso Sastre ha realizado la hazaña de mantenerse invisible para la prensa mundial. Aunque, en realidad, su anonimato trasciende la ignorancia de los medios sobre su persona: en el territorio español se estrenaron, en el 2002, 173 obras en las tablas. Ninguna era suya. El diario El Mundo, uno de los dos periódicos con mayor circulación en España, lo entrevistó recientemente, para dedicarle al día siguiente un editorial acusándolo de justificar la violencia en el país vasco, cuando Sastre hablaba de las causas de la violencia y de las condiciones para la paz en esa región. El «caso Sastre», epítome de la censura sistemática, no tiene causa en la insufrible personalidad del autor de «Escuadra hacia la muerte», sino en algo muchísimo peor: su credo. Con su obra monumental en el teatro y el ensayo, Sastre es sobre todo un espacio abierto, en permanente sedición, ante los fórceps del pensamiento políticamente correcto y la cultura oficial contemporánea.



ilustración: Sarmiento

—o sea, de las violencias—, mi punto de vista entonces y ahora es que es preciso distinguir radicalmente dos grandes sectores en las violencias sociales y políticas —las violencias de los oprimidos y las de los opresores, o bien, los actos violentos de los pobres y de los ricos, o bien, las guerras patrocinadas por el Poder y las guerras sediciosas o subversivas, etcétera—, y que todos los actos violentos no meramente «pasionales» (amor, celos...) —desde los atracos de bancos a las bombas «terroristas»— son síntomas que manifiestan profundos males sociales y que hunden sus raíces en situaciones de radical y lacerante injusticia, plano sobre el que habría que operar en la tarea de acabar con la violencia en el planeta Tierra, y no golpeando con furia ciega, policíaca o militar, sobre los síntomas, por medio tantas veces de procedimientos como la tortura que se practicaba y se sigue practicando en las siniestras oficinas del «orden público», en las cloacas de los Estados.

Sobre el tema de las condenas al terrorismo por parte no ya de políticos sino de intelectuales y artistas, algo he dicho en el librito sobre *Los intelectuales y la Utopía* (pero mejor será en la segunda edición, todavía inédita), acudiendo a reclamarme como del «oficio de Eurípides», o de la dramaturgia en general, que no es un oficio de condenas «al malo», sino de análisis y reflexión sobre los orígenes de los sufrimientos humanos. Para nosotros (los que efectivamente practicamos el oficio de Eurípides, y no pertenecemos a la policía ni a la judicatura), en general no hay el malo, aunque algún «malo» pueda haber, sobre todo en las malas películas y en los melodramas (buenos contra malos), e incluso los tiranos tienen en nuestros dramas la libertad de decir y de explicar todas sus razones.

Recuérdese como un buen ejemplo, casi arquetípico, la *Antígona* de Jean Anouilh, tragedia escrita y estrenada en París durante la ocupación nazi-alemana, y cómo se escuchaban en aquella obra las razones de Creonte, el tirano, contra Antígona, tan bien expresadas

por el personaje que personifica el Poder que se podía llegar a pensar que el autor justificaba las razones de Alemania (Creonte) contra Francia (Antígona). Si nos desplazamos a la Revolución Francesa, podríamos echar un vistazo a las grandes obras que de ella se han ocupado (por ejemplo, desde *La muerte de Danton*, de Georg Büchner, a la obra maestra de Peter Weiss que es el *Marat/Sade*), y en ellas vemos y confirmamos que nuestro oficio no consiste en una condena a ultranza del Terror, ni siquiera del Terror en el Poder, como es en este caso, en la medida en que se trataba de una actividad pública, instalada en el poder político, y que se pretendía al servicio de una gran revolución justiciera, sino que nuestro propósito —el propio de los socios del «Club Eurípides»— es siempre el de analizar vía imaginante las condiciones que dan lugar, por ejemplo, a los horrores de la guillotina.

Pensándolo bien a pesar de todo, me doy cuenta de que yo no soy un buen oficiante de Eurípides, y que a veces se me cuela el melodrama —los buenos y los malos— en mis tragedias (en las de mi vida y en las que escribo), o en mi percepción de las tragedias ajenas (las que ocurren en la realidad y las que han escrito o escriben mis colegas dramaturgos).

No es así en algunas como la citada *Medea* de Eurípides, en la que me da casi tanta pena Jasón como Medea, y, desde luego, no condeno a ninguno de los dos, pues Jasón me parece un personaje muy humano a pesar de que se comporte como un cerdo con Medea, y en cuanto a Creonte, ¿qué podría hacer él sino lo que hace, condenar a Medea al destierro para evitar... lo que, al fin, resulta inevitable, y no porque Medea sea «mala», sino porque sufre más allá de lo posible por el abandono de Jasón?

Como espectador del teatro, entiendo como un test de mi propia condición humana —de lo que yo tengo y de lo que me falta de Eurípides— el hecho de que en *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega no me da ninguna pena sino que me alegra ver que los ciudadanos se rebelan, matan al Comendador de mala forma y alzan su cabeza en una pica; y, sin embargo, condeno que aquellos ciudadanos sean sometidos a torturas para dilucidar lo que ha pasado. (¿Dónde se me quedó Eurípides?). Como autor, escribí con mucho gusto que Tell mata al Gobernador, y me quedé tan tranquilo, y en ningún momento del drama le dejé —al Gobernador— que expresara sus opiniones y defendiera sus puntos de vista (cosa que hizo y muy bien Eugenio d'Ors en su obra *Guillermo Tell*).

Este tema me ha puesto siempre en un trance mental muy complejo, en una situación «ardiente», y así sigue siendo hoy. Pero la cosa para mí empezó cuando descubrí la existencia en Francia, durante la Segunda Guerra Mundial, de aquel movimiento de resistencia contra los nazi-alemanes. ¿Qué pensar de un acto en el que un resistente francés disparaba un tiro en la cabeza de un oficial alemán? Pero aún más: ¿qué pensar de un grupo de la Resistencia que pone un explosivo en la vía del ferrocarril? ¿Condenarlo y renunciar a la lucha contra la ocupación alemana? ¿Aceptarlo y renunciar entonces a nuestro humanismo intelectual? ¿Y qué pensar de los franceses que decidieron practicar aquella lucha? El terrorismo fue el doloroso tema de una de mis primeras obras —*Prólogo patético*— y de otras posteriores, particularmente de la titulada *Análisis de un comando*, que

parten sin duda alguna de una condena personal a los sistemas a cuya opresión se oponen los «terroristas». En realidad —y ahora regreso a Eurípides y me reconcilio con él— no hay buenos y malos, y ni siquiera los torturadores policíacos son como los malos de las malas películas o de los buenos melodramas. Los malos son los sistemas opresores; lo condenable son esos sistemas; y los verdugos son también víctimas de esos sistemas. Lo cual no quiere decir que propongamos enfangarnos en una especie de humanismo navideño.

En resumen, creo que también los intelectuales «malos» estamos contra toda violencia, que nos parece siempre indeseable, pero no lo estamos de la misma manera cuando se trata de la violencia de los ricos contra los pobres que de los pobres contra los ricos.

El buen intelectual es tolerante

Recordamos sin ninguna nostalgia la época en la que muchos intelectuales marxistas, generalmente militantes en los PP.CC., exhibían una mala lectura de Marx, muy rígida, que los había convertido en una especie de cabezas cuadradas —dogmatizadas— con muy baja sensibilidad ante los hechos que no fueran meras repeticiones de otros anteriores; pero no nos parece que las actuales «tolerancias» sean una buena respuesta a aquella marea dogmática, tanto más cuanto que esta tolerancia, en lugar de apuntar a la existencia de distintos puntos de vista y filosofías, acaba engulléndolos en los abismos de un «pensamiento único» al servicio del actual neo-imperialismo; y creemos que no porque haya habido un pensamiento rígido y dogmático tengamos que apostar hoy por un pensamiento débil; por un pensamiento que parezca avergonzado de ser pensamiento. Mala respuesta sobre todo en la medida en que los intelectuales orgánicos del neocapitalismo liberal aprovechan esa debilidad para incorporar tan tolerantes pensadores a sus filas al servicio de ese «nuevo orden» apadrinado por figuras tan lamentables (y hasta ridículas) como George W. Bush, que pueden poner en marcha tan criminales acciones como las ejercidas por él y sus cómplices contra Iraq.

Sorprendentemente, ha sido de otra manera. Una buena parte de la izquierda dormida ha parecido despertar. (Escribo estas líneas hoy sábado 15 de febrero, cuando los Inspectores de la ONU acaban de leer su segundo informe en el Consejo de Seguridad y desde esta mañana habrá manifestaciones en todo el mundo contra este ataque a Iraq, tan largamente preparado por el Imperio, pues es de saber que el proyecto de destruir Iraq es estratégico y se formuló antes del ataque de Iraq a Kuwait).

Son de temer, de todos modos, los efectos de la mala conciencia de los dogmáticos de antaño, que caminan como sobre brasas por las realidades que nos comprometen desde el punto de vista teórico a formular posiciones fuertes, precisas y arriesgadas, situándonos en una zona peligrosa y nada complaciente, que rechazan posiciones eclécticas o sincréticas (forman parte de la esencia de la llamada posmodernidad). ¿Me sitúo, hablando así, frente a los intelectuales «buenos» —contra los «buenos intelectuales»—, y resulta, en fin, que estoy rechazando la buena idea de una «tolerancia» que parece el mejor proyecto que se podría desarrollar en el seno de una sociedad que camine hacia una organización aceptable del mundo? ¿Me situaría contra

la herencia —que sin embargo he elogiado en otros momentos— de un Sebastian de Castellion, que fue el primer promotor —en el siglo XVI— de un «documento de intelectuales por la tolerancia», que suscribieron audaces filósofos y teólogos ante el crimen de Calvino, que fue quien condujo a Miguel Servet a la hoguera de Champel en Ginebra, donde fue quemado vivo? Sebastian de Castellion escribió entonces aquella frase, que luego fue famosa, y que yo reproduje en mis obras sobre Servet: «Matar a un hombre no es defender una doctrina. Es matar a un hombre». ¿Es un pensamiento absoluto? ¿Vale para cualquier caso de homicidio? ¿Así que matar al Gobernador Gessler fue matar a un hombre y no defender la doctrina de la libertad, por referirnos al mundo de los mitos? ¿Matar a un oficial alemán por un resistente francés es matar a un hombre y no es luchar por la liberación de Francia? Tales son los postulados propios de un pensamiento «fuerte», de carácter trágico, que nos deja temblando, solos ante el peligro, habiendo renunciado a la cómoda blandura de un humanismo bienpensante.

En esta riqueza de contradicciones no toleradas sino fecundadas por un pensamiento fuerte—y—abierto (dialexis), el hombre que hoy mata al hombre (guerras, terrorismo) por razones ya patrióticas, ya de clase (económicas), sería un mal sueño del pasado. Habría quedado restaurada y establecida como fruto espontáneo y natural de un gran pensamiento, y no de una mera tolerancia condescendiente, la tesis de Castellion de que «matar a un hombre no es defender una doctrina sino matar a un hombre». Habría terminado, en fin, la prehistoria.

Evidentemente, me estoy situando en el terreno teórico de la imaginación dialéctica y de la utopía, tal y como trato de describirlo en obras recientes, aún inéditas, en las que afirmo—como aquí también lo hago— las virtualidades positivas de las diferencias con exclusión de las que se dan, en el capitalismo, entre las clases. El tema de la tolerancia quedaría saldado en la medida en que las tesis opuestas a las mías formarían parte de la verdad, y no serían meros objetos de mi tolerancia, pues yo (el filósofo de ese futuro, quiero decir) agradecería la existencia de esas tesis opuestas que operarían a favor de la retroalimentación de mi propio pensamiento, mientras que hoy mi tolerancia forma parte de mi soledad, de la soledad del condescendiente.

El buen intelectual es ciudadano del mundo

¿El buen intelectual debe ser un ciudadano del mundo? ¿De ninguna parte en concreto? ¿De todas en un sentido abstracto? Eso será según se mire. Desde luego, el intelectual «malpensante» que yo soy opina que cada uno de nosotros —o sea, en un plural que en español incluye sin decirlo «las cada unas»— es ciudadano de su pueblo, aunque el apego a la tierra se pueda entender, en la línea de Heidegger, como una antesala de un peligroso *nazionalismo*. Mi respuesta fue situarme tan lejos —yo decía— del casticismo nacionalista como del cosmopolitismo desarraigado, aun con el riesgo de colocarme en ninguna parte, y a veces me ha ocurrido —estar en ninguna parte—, pero pienso que habrá sido porque lo he hecho mal, por un déficit en mi propio talento, dado que una postura entañada en nuestro propio paisaje natural y civil, humano, parece que es la *conditio sine qua non* de una validez «mundial» (antes se decía «universal») de la obra literaria o artística, dado el carácter primordial que en el arte y la literatura tiene la sensibilidad. (Esto no quiere decir que el nacimiento en un determinado lugar nos condene a ser de ese lugar o, en su defecto, devenir

un apátrida, pues la tierra de cada uno es aquella que cada uno elige o la tierra en la que su propio destino lo coloca —así, Chamisso, habiendo sido francés, es un gran poeta alemán, y Conrad, habiendo sido polaco, es un gran narrador inglés).

El buen intelectual es pacifista

El buen intelectual es pacifista, yo tampoco: diríamos glosando a Salvador Dalí que en cierta ocasión declaró que Picasso era un genio «y él también», y que Picasso era comunista, «y él tam-poco». Pasando a nuestro tema, a lo que yo quiero apuntar es a que, habiendo verdaderos pacifistas a ultranza, personas admirables, no pocos intelectuales —y la mayor parte de los políticos— entre los que se dicen pacifistas, lo son sólo cuando se trata de determinadas guerras y no cuando se trata de otras; así es ante la violencia terrorista por ejemplo, que rechazan, y hacen muy bien, mientras se muestran insensibles a las torturas que practica la policía y que forman parte de una guerra especialmente sucia (todas lo son, y también las de los pobres). En cuanto a mí me he declarado con las anteriores palabras fuera de las filas de los pacifistas a ultranza, pues, como he dicho anteriormente, vi un arma de liberación en la metralleta del Che Guevara, en lo que me siento acompañado por el poeta Antonio Machado, que supo decirle a Enrique Lister durante la guerra civil: «Si mi pluma valiera tu pistola/de capitán, contento moriría». Habría, pues, que barrer las muchas hipocresías para llegar a elucidar cuántos son y dónde están los pacifistas a ultranza, mientras hoy se declara por la mayor parte de los intelectuales y los artistas, todos ellos bienpensantes, que ellos son pacifistas y admiradores de Ghandi, a cuyas huelgas de hambre atribuyen la independencia de la India, mientras yo me supongo que algunos factores más contribuirían a que esa independencia se declarara. En cuanto a mí mismo, traigo a colación la anécdota de José Bergamín, que durante la guerra civil se puso en una cola en la que se distribuían fusiles para la defensa de Madrid. Los fusiles se terminaron antes de llegar a él, y Bergamín suspiró aliviado. Luego, se avergonzó de ello. Yo también me hubiera puesto en la cola de los fusiles, en cuanto que teóricamente no soy un pacifista a ultranza, pero hubiera respirado con alivio al ver que los fusiles se agotaban antes de llegar a mi turno.

Abandonar este pacifismo a ultranza me ocurrió en función de las guerras, que yo llegué a admirar con toda mi alma, de «los condenados de la tierra», como antes he dicho. Así como llegué a descubrir los horrores de la «pacificación» de los territorios ocupados por las grandes potencias colonialistas. Por todo lo cual, ahora creo que se han de rechazar como hipócritas y novicias para los pueblos todas las guerras «pacificadoras», y, desde luego, la filosofía que ocultan y cubren; punto de vista que no es de hoy, pues que ya hace muchos años (es un ejemplo) que tuve ocasión de publicar en *El País* —periódico en el que colaboraba regularmente cuando todavía era un escritor bienpensante. «Modesta proposición —rezaba aquel título— contra la pacificación de Euskadi». Ya entonces, y desde luego ahora, yo era un partidario ferviente de la paz, lo que es evidente en mi repertorio dramático, pero antes entendía y ahora sigo entendiendo la paz como un bello efecto de la abolición de las injusticias y de las opresiones en un país determinado, en lo que siento rozar mi codo derecho con el codo izquierdo de Emmanuel Kant, y resonar en mi memoria su pequeño y gran escrito sobre *La paz perpetua*, que no es —y el filósofo lo decía en las primeras páginas— la paz de los cementerios.

Terrible es sin duda la historia de las pacificaciones, desde la *pax romana*, impuesta a un conjunto de pueblos a sangre y fuego (imperialismo), lo cual resulta vituperable, aunque la cultura que se impusiera a aquellos pueblos fuera «superior» (con la herencia griega, y el componente judeo-cristiano conforman el esqueleto de «nuestra» cultura), superior, digo, a las que sojuzgaron. Etnias y culturas «desaparecieron» por la fuerza de las armas, y que en el curso de aquella pacificación hubo episodios de masacre como la que Cervantes elevó al plano del arte del teatro bajo el título de *El cerco de Numancia*. Desde la *pax romana*, decimos, a otros hitos tan importantes como la historia de los grandes imperios europeos, con grandes genocidios como el del imperio español en América y el anglosajón sobre los «indígenas americanos», o, en el siglo XX, fenómenos como las «pacificaciones» de Indochina/Vietnam, o de Argelia, siempre en las manos de soldados armados hasta los dientes y en posesión de armas de destrucción masiva que la tecnología de la guerra ponía en sus manos en cada momento histórico. (Por ejemplo, las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki o el napalm en Vietnam). Las guerras del imperialismo han adoptado a veces la figura dulzona de unidades de soldados, también armados hasta los dientes, pero con sus cascos de acero pintados de un azul más o menos celeste. (Sin embargo, hoy por hoy, sigo escuchando a políticos —incluso de la izquierda abertzale— e intelectuales demócratas y progresistas apostar por la pacificación de Euskadi, e incluso por su «normalización»; ¡como si lo normal —el cumplimiento de las «normas» del capitalismo neoliberal— fuera deseable para la buena marcha de la humanidad!).

El buen intelectual es demócrata

Esta afirmación supone el compromiso de los intelectuales «bienpensantes» con la democracia representativa, y la ignorancia de la crisis en la que vive —con todo su poderío— esta noción de democracia, bajo cuyo manto se han cubierto todo tipo de injusticias y de atentados a la libertad de los pueblos hasta culminar en la actual situación de dominio imperialista del mundo bajo esas banderas de una democracia hoy responsable de la gran extensión de la injusticia y de la mengua de libertades en todo el mundo, dependiente de los intereses del gran capitalismo neoliberal, indiferente a las grandes tragedias sociales que vive la mayor parte de la población mundial. El proyecto de una democracia participativa emerge con fuerza como contestación, en el marco de la filosofía contestataria, de la resignación ante este mundo, y que suele expresar su magno proyecto en la frase «otro mundo es posible».

Experiencias en este sentido, de momento limitadas al ámbito de la administración municipal, pero con vocación de extensión a más altos niveles, son las que se vienen desarrollando en Porto Alegre, la capital del Estado brasileño de Río Grande do Sul, que además es sede del foro que desarrolla sus trabajos en el sentido de cambiar no sólo la cara sino las raíces del mundo.

El buen intelectual prefiere la injusticia al desorden

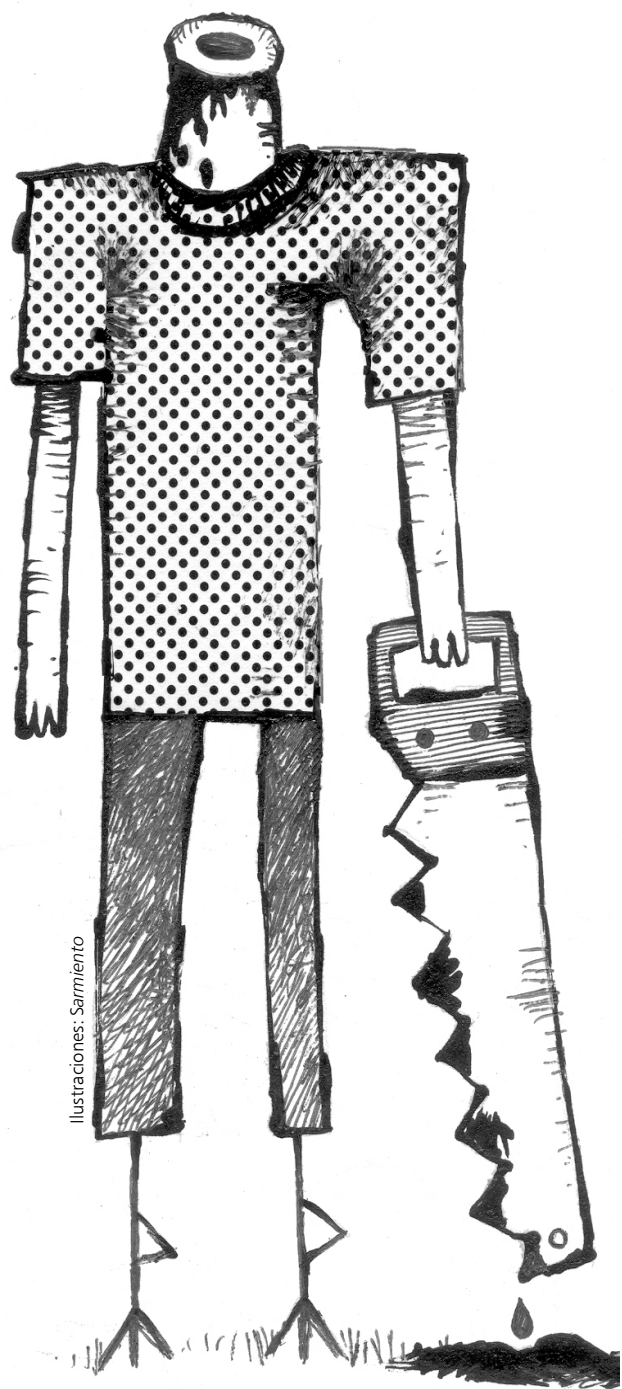
Ello nos hace ver, una vez más, que Goethe era un intelectual capaz de transmitir al futuro el mensaje de una «bienpensancia», que con frecuencia ha sido mal vista por los intelectuales y los artistas al servicio de la subversión de los buenos valores burgueses. Desde mi propia maldad —o dejémoslo en malicia—, prefiero la herencia de Emmanuel Kant y su apología de la Revolución Francesa desde un punto de vista crítico, que asumía los aspectos «malos», de aquella revolución, en los que hay que incluir el funcionamiento de la guillotina. Las cabezas

que cayeron en su funcionamiento proponen, por cierto, una grave aporía a mi modesta idea de la distinción entre las violencias y los terrores del Poder y las violencias y los terrores generados en las filas revolucionarias, dado que aquel Terror para el que pedimos una especial consideración se produjo desde el Poder, desde el Estado. La resolución de esta aporía habría de basarse en la necesidad de autodefensa de un proceso cercado y amenazado, y por ello militarizado; argumento que se podría aplicar a la revolución soviética y que desembocaría en una comprensión, si no en una justificación, de la cheka y de la GPU. También sobre este tema habría mucha tela que cortar. Por mi parte, no creo en un determinismo que condujera necesariamente todo proceso de cambio radical a un momento en el que el terror social tuviera que apoderarse —por un tiempo más o menos dilatado— de la calle, y menos aún pienso en la fatalidad de una segunda fase en la que el Terror tendría que ser legalizado como un instrumento necesario para la salvaguarda de los cambios. El tema está muy bien planteado por Peter Weiss en aquella obra cuya columna vertebral es el debate entre Jean Paul Marat y el Marqués de Sade. También aquí es aplicable el método dialéctico que nos propondría no una tercera vía sino un replanteamiento de la noción de necesidad. Ahí tendríamos que pedir ayuda a las hazañas de la imaginación dialéctica. ■

http://www.lajiribilla.cu/2003/n103_04/103_24.html



Ilustración: Daríen



Ilustraciones: Sarmiento

La cabeza del Imperio

Atilio Borón
Buenos Aires

El debate abierto por la ejecución de tres secuestradores en Cuba es un acontecimiento paradigmático que marca los alcances de la victoria ideológica del neoliberalismo como pensamiento hegemónico del imperio. Prueba lo anterior la conducta de un numeroso contingente de intelectuales que a lo largo de toda una vida habían apoyado a la Revolución cubana y que, de la noche a la mañana, denuncian el imperdonable atropello cometido por el gobierno de la Isla al ajusticiar a los terroristas.

Victoria ideológica del imperialismo, decíamos, porque los firmantes de tantas cartas de protesta no hicieron otra cosa que adoptar como propio el punto de vista de los amos del mundo, al que consideran nada menos que como el inapelable «sentido común» de una época, y que entre otras cosas repudia la pena de muerte. Este «sentido común» cuidadosamente oculta, empero, que sus mentores y beneficiarios son los responsables de los mayores crímenes cometidos contra la humanidad a lo largo del último siglo, y que continúan impertérritos con sus tropelías, masacrando pueblos enteros, como en Afganistán y, hace apenas unas semanas, en Iraq, sin que por ello dejen por un momento de enarbolar cínicamente la bandera de los derechos humanos y la democracia.

Refiriéndose a situaciones semejantes en la Italia de la segunda mitad del siglo XIX, Gramsci decía que la burguesía italiana y sus representantes políticos tenían a los intelectuales críticos de la Italia del *Risorgimento* «en su bolsillo». Y esto era así porque ellos pensaban con las categorías propias de los poderosos, a partir de sus premisas y dentro del perímetro ideológico congruente con su dominación. Sus extraordinarios méritos como escritores, ensayistas, poetas y humanistas no

eran suficientes para trascender los límites del pensamiento oficial. Aún desde sus posturas críticas eran, en lo esencial, funcionales a los poderes establecidos. Lo mismo acontece ahora con quienes se han precipitado a «denunciar» el atropello cometido por las autoridades cubanas al dar cumplimiento a una pena capital sancionada por la justicia de ese país dentro del marco del debido proceso.

El autor de estas líneas está en contra de la pena de muerte, y no hay razones por las cuales quienes compartan esta postura deban privarse de manifestar esta disidencia. Pero la adhesión y el respeto a los valores y reglas morales siempre remiten a una coyuntura histórica y no puede decidirse en función de un argumento que se desenvuelva en la abstracción de las ideas morales. Por otra parte, hay que reconocer que la decisión de marras se adoptó en función de una legislación antiterrorista que data de los años setenta, que contempla severísimas penalidades, y que fuera adoptada con el propósito de combatir efectivamente y sin dobles discursos los estragos del terrorismo. Podemos discrepar con dicha ley, pero de ahí a fulminar a la Revolución cubana concluyendo que con las ejecuciones de los secuestradores la misma se ha apartado de sus objetivos históricos hay un paso gigantesco que nadie en su sano juicio puede dar, y mucho menos un intelectual crítico. Se comprende, claro, que un grupo de cantautores españoles muy vinculados al PSOE y sus aparatos culturales y financieros —inada menos que un partido que tiene en su haber gravísimas violaciones a los derechos humanos en España y que difícilmente pueda dar lecciones de moralidad pública en ningún lugar del mundo!— haya puesto el grito en el cielo ante las ejecuciones habidas en la Isla. Pero de intelectuales de otra talla —Saramago y Galeano, los más notables— podía haberse esperado otra cosa. Por ejemplo, no caer en la trampa del «humanismo abstracto» que les tiende día a día el imperio y que consiste en concentrar la mirada en las violaciones a los derechos humanos que supuestamente se cometen en los países enemigos de los Estados Unidos mientras se convalidan, silenciosamente, las atrocidades cometidas por sus socios. Intelectuales que, finalmente, terminan cayendo prisioneros de la siniestra doctrina elaborada por Jeanne Kirkpatrick a comienzos de la administración Reagan, en 1980, cuando predicaba la necesidad de aplicar un «doble standard» en las relaciones de los Estados Unidos con el resto del mundo. Los gobiernos que combaten al comunismo y que apoyan a Washington deben contar con nuestro apoyo, decía la Kirkpatrick desde su poltrona de embajadora de los Estados Unidos ante la ONU, aún cuando cometan graves violaciones a los derechos humanos. Son nuestros amigos, y debemos comprender que trabajan en un ambiente poco propicio para introducir la democracia, la justicia y el libre mercado. Los gobiernos dóciles ante los comunistas, los socialistas y los nacionalistas, en cambio, y que se oponen a nuestras iniciativas en todos los frentes imaginables, deben ser duramente cuestionados y juzgados con otras varas. Debemos tolerar las violaciones a los derechos humanos y las reglas del juego de la democracia que cometan nuestros amigos, pero debemos ser intransigentes con las que cometan los demás.

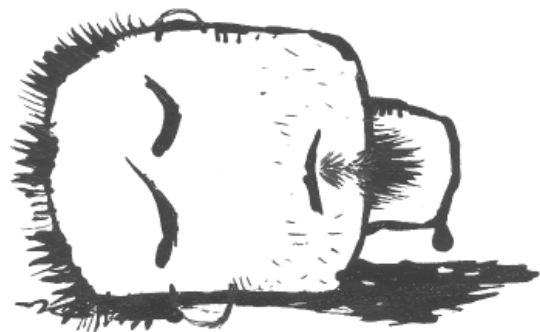
Lamentablemente, muchos amigos de las luchas emancipatorias de América Latina han caído en la trampa de la Sra. Kirkpatrick. Condenan airados la ejecución de tres personas acusadas de un atentado terrorista en Cuba, pero nada dijeron ante el fusilamiento a mansalva de dos piqueteros en Puente Pueyrredón, en la Argentina. No hubo una campaña mundial de firmas para repudiar una ejecución criminal e ilegal; tampoco para condenar la treintena de muertes que dejó en su fuga el gobierno de la Alianza, en diciembre del 2001, ni antes por los asesinatos cometidos por el gobierno de Menem en las personas de Víctor Choque, Teresa Rodríguez y Aníbal Verón. Tampoco la hay para condenar los crímenes que día tras día perpetra el gobierno fascista de Israel en contra de los palestinos, incluyendo entre sus víctimas a niños de corta edad, mujeres, ancianos y toda clase de gentes. Ni hablar del ominoso silencio que siguió a la brutal represión del comando chechenio que había copado un teatro en Rusia, y que terminó cuando el gobierno de Putin autorizó la utilización de gases neurotóxicos que mataron a más de cien rehenes y la totalidad de los secuestradores. ¿Por qué este penoso «doble standard»? ¿Por qué una ejecución legal, resultado de una pena de muerte que también existe en los Estados Unidos y que no ha movilizado a tantos intelectuales en su contra, merece tanto ardor contestatario en el caso de Cuba mientras que las atrocidades que comete a diario la derecha en el mundo, con el apoyo de los imperialistas, tienen como contrapartida el silencio? Según Amnistía Internacional, durante el año 2002 fueron ejecutadas 1 560 personas en todo el mundo, y los intelectuales críticos y los «artistas progre» no abrieron la boca. ¿A qué se debe ahora este súbito despertar?

Mal que les pese, es preciso reconocer que, aún involuntariamente, los quejosos se han incorporado a una campaña internacional concebida y ejecutada por los sectores

más reaccionarios del gobierno norteamericano en preparación del clima ideológico que justifique una futura agresión militar en contra de Cuba. ¿Cómo pudieron ser tan ciegos ante lo evidente? ¿Desconocían acaso el contenido de la nueva doctrina oficial de los Estados Unidos, anunciada públicamente por el presidente George W. Bush el 20 de setiembre del 2002, que establece el principio de la «guerra preventiva» en contra de cualquier nación, grupo u organización que sea percibido como una amenaza a la seguridad nacional de los Estados Unidos? Se trata de una «guerra infinita» y en contra de un enemigo que definen caprichosamente los intereses dominantes del imperio de acuerdo a sus necesidades. Según Noam Chomsky, ideas paranoicas como esas existían desde hacía mucho tiempo en la metrópolis imperial, pero ningún gobierno, ni siquiera el de Ronald Reagan, las consideró seriamente. Hoy en día son la doctrina oficial de la mayor superpotencia militar de la historia, y a juicio del lingüista del MIT lo que allí se anuncia es nada más y nada menos que un plan de dominación mundial cuyo único antecedente es el delirio racista y criminal de Adolf Hitler. Si para ejecutar dicho plan hay que destruir el sistema de las Naciones Unidas, romper la Alianza Atlántica y liquidar la legalidad internacional así será. En el discurso de Bush mencionado más arriba se decía, entre otras aberraciones, que «cualquier nación, en cualquier lugar, tiene ahora que tomar una decisión: o está con nosotros o está con el terrorismo». ¿Puede habérselo pasado por alto estos «detalles» y olvidado que Washington hace más de cuarenta años que le ha declarado la guerra a Cuba, una guerra no-conventional pero no por ello menos letal que las demás? ¿O que Cuba es el país que ha sufrido el mayor número de atentados terroristas cometidos, financiados y organizados por un país vecino a lo largo de toda la historia registrada de la humanidad?

Son demasiadas preguntas que los quejosos deberían haberse planteado antes de haber reaccionado instintivamente con el arsenal ideológico inculcado por las clases dominantes del imperio. Cuba está en guerra, y actúa como lo hacen los pueblos y gobiernos sometidos a una tensión extraordinaria que perdura durante más de cuatro décadas. Nada menos que San Ignacio de Loyola decía que «cuando una ciudadela está sitiada, la disidencia se transforma en herejía». Es preciso recordar esta observación a la hora de evaluar la radicalidad de ciertas acciones del gobierno cubano, que no dispone de la serenidad y grados de libertad con que cuentan, por ejemplo, las autoridades suizas o noruegas. Cuba tiene en su seno una misión diplomática, la de los Estados Unidos, que promueve una disidencia antisistémica a la que organiza, financia y protege con su inmenso poderío. Washington ni remotamente toleraría una conducta semejante de una representación diplomática en su propio territorio. Pero Cuba es, además, la frontera ideológica caliente de un imperio que, en su descontrol ya no encuentra límites: vitupera a las grandes naciones europeas que tienen la osadía de disentir con sus políticas, sólo admite el argumento de la fuerza, y está obsesionado con esa pequeña isla como no lo está con ningún otro país de la Tierra. Es razonable suponer que, entre los propios amigos de Cuba, haya quienes puedan no concordar con algunas de sus políticas. Pero también es preciso no caer en la ingenuidad de creer que una revolución se defiende rezando avemarías, u ofreciendo mansamente la otra mejilla para que el opresor imperialista más poderoso de la historia se ensañe con su víctima. Que algunos hagan caso omiso de esta excepcional singularidad del caso cubano revela la victoria ideológica de la derecha, al hacer que aún los intelectuales críticos se olviden de la necesidad de analizar la totalidad de los elementos que constituyen una coyuntura y reaccionen apelando inconscientemente a las categorías intelectuales y morales de los grupos dominantes, y en exclusivo beneficio del imperio. Es de esperar que, con el paso del tiempo, quienes se han sentido defraudados por los acontecimientos que estamos analizando puedan recapacitar y evitar quedar como rehenes de las trampas ideológicas del imperialismo. Antes de que sea demasiado tarde. ■

http://www.lajiribilla.cu/2003/n106_05/106_34.html





El medioevo de la cultura americana

La Jornada
México

EE.UU. corre el riesgo de experimentar «una muerte espiritual e intelectual».

Estados Unidos se encuentra en la antesala de un colapso cultural cuya consecuencia mayor será la «muerte espiritual e intelectual» de la sociedad estadounidense y el advenimiento de una «etapa oscura» que afectará a la civilización occidental en general. Como ya ocurrió en Argentina, como ocurre en México y en otros países, la hegemonía económica corporativa (la llamada globalización económica) trae consigo el desinterés e, incluso, la franca aversión hacia la cultura, el arte, el conocimiento y el pensamiento crítico, valores esenciales de la civilización y la democracia.

Las causas, síntomas y probables consecuencias de dicho derrumbe son ampliamente documentadas por el crítico social e historiador cultural Morris Berman en su libro *El crepúsculo de la cultura americana*, de reciente publicación en México (Editorial Sexto Piso). Mientras el siglo XXI amanece, «la cultura americana está, simplemente, hecha un lío»; el sistema «ha perdido sus amarras y, como la Roma antigua, flota a la deriva hacia una situación crecientemente disfuncional».

Imitar al Tercer Mundo

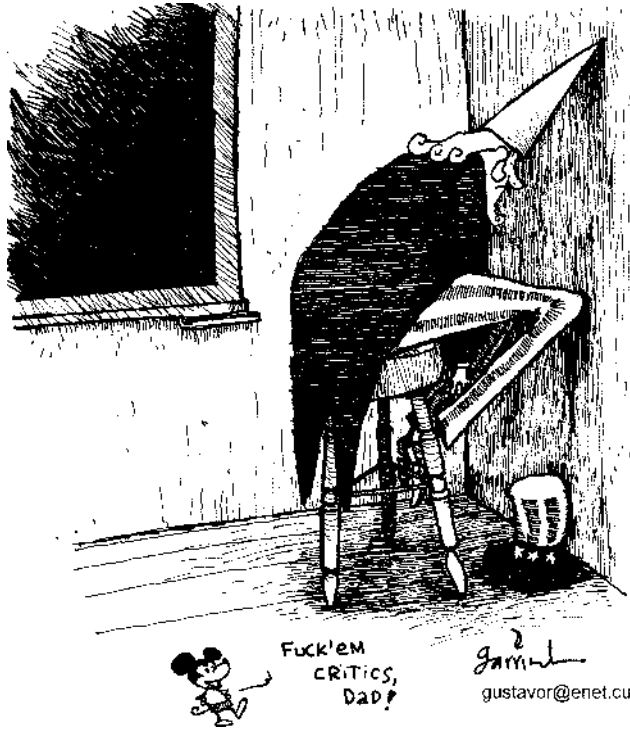
Los datos y argumentos en que el académico apoya su diagnóstico resultan estremecedores. De acuerdo con el análisis, que incluye una revisión histórica del auge y caída de sistemas imperiales antiguos, existen «cuatro factores presentes cuando una civilización se colapsa»: a) Desigualdad

social y económica aceleradas; b) Rendimientos marginales decrecientes «con respecto a la inversión en soluciones organizacionales a problemas socioeconómicos»; c) En términos generales, rápido decaimiento de los niveles de alfabetismo, de entendimiento crítico y de conciencia intelectual, y d) «Muerte espiritual» en breve, *kitsch* (esto es, el vaciado del contenido cultural y su congelamiento, o reinvención, en fórmulas).

Los cuatro factores advierte Morris Berman, licenciado en Matemáticas por la Universidad de Cornell y doctorado en Filosofía por la Universidad John Hopkins, «parecieran aplicar a Estados Unidos a comienzos del siglo XXI».

Sobre el factor a) informa: «El uno por ciento más rico del país vio subir su nivel de ingresos en 78 por ciento entre 1977 y 1989, y cifras de la Junta de la Reserva Federal de 1989 muestran que este grupo de elite era dueño del 40 por ciento de la riqueza de la nación». Más datos: «En 1973, el director general promedio de una compañía grande ganaba aproximadamente 40 veces lo que un trabajador común; hoy gana entre 190 y 419 veces más».

En este terreno de la desigualdad social y económica acelerada, Berman afirma: «Estamos, en breve, moviéndonos hacia una situación como la que existe en la India, o en México, o en Brasil, y nada está haciéndose para detener esto. Durante



el período de 1991 a 1994, por ejemplo, el número de billonarios mexicanos pasó de dos a 28 (...). En vez de constituir un modelo para el Tercer Mundo, Estados Unidos parece estarlo imitando».

El factor c) es el más inquietante en la exposición de Berman. He aquí sólo algunas de las variadas situaciones, tendencias y cifras mencionadas por el autor y extraídas de fuentes diversas:

—42 por ciento de los adultos estadounidenses «no pueden señalar Japón (su enemigo durante la Segunda Guerra Mundial) en un mapamundi» y «otra encuesta mostró que 15 por ciento no podía localizar a Estados Unidos (¡!)».

—De acuerdo con una encuesta de la revista *Time*, casi 70 por ciento de los estadounidenses «cree en la existencia de ángeles; y otro estudio arrojó el hecho de que 50 por ciento cree en la presencia de OVNIs y extraterrestres en la Tierra».

—58 por ciento de los preparatorianos de último año «no entienden un editorial de ningún periódico», y una encuesta del Departamento de Educación de Estados Unidos, realizada en 1995 entre 22 mil estudiantes, «reveló que 50 por ciento no sabía de la existencia de la guerra fría», y que 60 por ciento no tenía idea de cómo se fundó Estados Unidos.

—Una encuesta hecha por la National Science Foundation en octubre de 1995, revela que 63 por ciento de los entrevistados cree que «los primeros seres humanos vivieron al mismo tiempo que los dinosaurios» (un error cronológico de más de 60 millones de años).

Gigantesca fábrica de imbéciles

El investigador también denuncia una tendencia de las escuelas de educación media y superior a reducir sus estándares de alfabetismo y conocimientos mínimos requeridos para aceptar o promover al alumnado. En resumen: «Es como si Estados Unidos se hubiera convertido en una gigantesca máquina de fabricar imbéciles».

Desde una perspectiva histórica, Morris Berman considera que el auge económico corporativo incluye de manera dialéctica su propio colapso y, en otro sentido, la crisis de la «cultura americana» y de los valores humanísticos heredados de la Ilustración, son «la culminación lógica de un cierto proceso histórico que comenzó en Europa a finales de la Edad Media, se expandió durante las Revoluciones Industrial y Científica, y finalmente alcanzó su clímax en nuestro tiempo».

En *El crepúsculo de la cultura americana*, Berman anticipa como inevitable una era de oscuridad durante la cual una minoría ilustrada tendrá la responsabilidad de preservar la cultura y el conocimiento para tiempos mejores. Eso fue lo que ocurrió tras la caída del Imperio Romano. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2002/n80_noviembre/elgranzoo.html



ZOE VALDÉS
Librusa

«Es injusto decir que Miami es la ciudad de los radicales. Primero, porque radicales también fueron Mahatma Gandhi y Jesucristo y, en segunda, es injusto y criminal, cuando se es periodista, dar juicios tan apresurados y esto pasa constantemente en periódicos y canales de televisión importantes, que no voy a citar, por supuesto.»

N. del E.

La Valdés tiene en preparación sendos libros. El primero sobre la vida de Gandhi y Jesucristo en Hialeah, el segundo sobre la injusticia intrínseca al poder mediático mundial. Ambos serán traducidos a 25 idiomas en 40 países.

http://www.lajiribilla.cu/2001/n8_junio/pueblomocho.html

VICENTE ECHERRI
El Nuevo Herald

«Pocas guerras, de las libradas en los últimos tiempos, han sido tan impopulares como esta, al menos fuera de Estados Unidos. Mis amigos europeos y latinoamericanos se oponen a la intervención armada en Iraq con distintos grados de fervor. No pasa día sin que reciba algún correo electrónico en el que esta buena gente insiste en compartir conmigo su horror por esta acción militar o su repudio a la política norteamericana. Algunos se asombran sinceramente cuando descubren que no estoy de su lado y que, ciertamente, lo único que deploro es que esta guerra no haya ocurrido antes, que el bombardeo no sea más eficaz, y que otras capitales subversivas del Tercer Mundo —Pyongyang, Teherán, Damasco, Jartum, La Habana— no se asomen también en nuestras pantallas bullentes de detonaciones.»

N. del E.

Mambrú se fue a la guerra, pero Echerri no siente dolor ni pena.

http://www.lajiribilla.cu/2003/n100_04/pueblomocho.html

GEORGE W. BUSH
DEIA

«Este fin de semana va a venir al rancho un líder audaz, José María Aznar»

N. del E.

Después de haber visto Superman, Spiderman y Dare Davil, mucho nos tememos que la próxima producción cinematográfica de EE.UU. va a ser «Súper Aznar, el líder audaz»

<http://condosguevos.tripod.com/internacional.html>



Que una publicación buena llegue a su número 100 es siempre motivo de alegría. Que lo haga *La Jiribilla*, manteniendo el espíritu que su travieso nombre anuncia, es además una esperanza. Cuántas lectoras y cuántos lectores habrán encontrado en sus páginas? informaciones verídicas, motivos para reír (y para reírse de nuestros adversarios), y hasta solaz y esparcimiento, como se decía antes. Siempre me ha gustado la observación de Simone de Beauvoir, a propósito del pensamiento de la derecha, según la cual la mentira es millonaria (puede decir, por ejemplo, que un camello es la sombra de Aristóteles, o un triángulo escaleno, o el jueves 13 de mayo de 1927, etc.), mientras que la verdad es pobre (la verdad es que un camello no es ni más ni menos que un camello). Órgano de nosotros los pobres, *La Jiribilla*, solo está autorizada a decir la verdad. Y lo hace con acierto y gracia, con severidad y humor. Que cumpla muchos cien números más es lo que le desea su agradecido lector.

Roberto Fernández Retamar

la danza del huracán

Antón Arrufat
La Habana

Este pequeño libro es espejo, en él se mira algo mayor: uno de los grandes mitos, de los grandes temas y de las catástrofes de nuestra vida nacional: el ciclón. En gran parte su contenido ha pasado de las pantallas electrónicas a la impresión plana.

Entre las frases de Thomas De Quincey que me gusta citar en público, yo me repito a mí mismo de vez en cuando, tal vez con modificaciones graduales que las convierten en patrimonio personal, hay una que repetiré en esta ocasión. Dice así esta sentencia sabia: «Las cosas pequeñas suelen ser cifra de las mayores.» Ahora, mientras la digo después de escribirla, no estoy seguro de haberla citado textual, como la escribió su autor en inglés y en 1896. Es posible que en lugar de escribir «cifra» hubiera escrito De Quincey «espejos». Quedaría entonces de este modo: «Las cosas pequeñas —aclaro de paso que se refiere al universo— suelen ser espejos de las mayores». Resulta que esta frase es casi perfecta como introducción —o llamada de atención retórica— a cuanto aspiro a decirles esta mañana. Si miramos a nuestro alrededor, se trata de un sábado sereno, de calor mesurado, con una luz que no nos hiere del todo ni por excesiva nos produce, según observara en su tiempo la condesa de Merlin, «escalofríos». La naturaleza de la Isla está en calma, tranquilizada, al menos en su aspecto climático. Estamos lejos todavía de junio y de los grandes cambios en la atmósfera. Por un momento podemos distanciarnos del asunto de este pequeño libro, *La danza del huracán*, tan modesto y encantador, editado por Jorge Ángel Pérez, autor de la novela *El paseante Cándido*, que para muchos de sus lectores —yo incluido— posee la fuerza de un fenómeno tropical. Este pequeño libro es espejo, en él se mira algo mayor: uno de los grandes mitos, de los grandes temas y de las catástrofes de nuestra vida nacional: el ciclón. Durante cinco meses del año, la nación entera y nuestras almas viven y están pendientes y ocupadas con una atroz posibilidad natural: la llegada de los ciclones. Puede durante esos meses, sin que el tiempo cronológico sea muy exacto tampoco, desatarse el huracán sobre nosotros o puede dejar de venir. Pero su latencia es angustiosa y en algo toca lo misterioso de la relación del hombre con la naturaleza. ¿Qué los impulsa a venir o impide su arribo violento? Los meteorólogos dan explicaciones científicas: formación, presiones atmosféricas, que para nosotros, simples mortales, van haciendo cada momento más misterioso ese curso o esa ausencia.

(La relación entre nosotros y la naturaleza me parece un tanto neurótica. Para el cubano habitante de la ciudad, el paisaje natural apenas existe o apenas le interesa. Ya Juan Clemente Zenea en el siglo diecinueve observó el desinterés que el cubano de su época sentía por el árbol y la furia sistemática con la que podía cortarlo y destruirlo. Cien años después he visto en la calle San Lázaro, en la alta noche, a los vecinos, regar petróleo sobre los parterres para que los árboles se sequen y no molesten. Las flores poco nos emocionan ni nos atraen las excursiones campestres ni las relaciones contemplativas con el mar o los ríos. Somos indiferentes con nuestro entorno natural, y mientras más distantes permanecemos, mejor. Cuando yo era niño ir al campo, escalar una montaña, tenía todas las trazas de un castigo. «El monte es para los pájaros», decía mi tío con aire despectivo. En esta reacción, especialmente en la gente de mi edad, debe perdurar una de esas marcas o traumas que

dejó en Cuba la esclavitud y el trabajo esclavo, uno de nuestros atavismos y de nuestras pesadillas que no han sido estudiados. En este sentido, en los primeros años de la Revolución, el esfuerzo que la mayoría hizo por cambiar esta relación neurótica con la naturaleza y el trabajo agrícola fue titánico.)

Sin embargo, el ciclón es una de nuestras obsesiones.

La novedad de este librito *La danza del huracán* consiste en haber reunido un grupo de textos donde el ciclón, su simbología y sus efectos, son el centro y el sentido. Pocas veces esto se ha hecho en Cuba. En él aparece la primera descripción o una de las primeras, del efecto sorprendente y devastador de un ciclón en la Isla. Se trata de la que realizó el conquistador sin fortuna, como lo llamó Fernando Ortiz, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca. En octubre de 1527 un ciclón azotó la villa de Trinidad, hasta hoy el único que ha entrado en dicha población, y Álvaro Núñez, ante la fuerza de un fenómeno desconocido para él, como europeo, escribe su relato con una prosa ruda, pero que alcanza una extraña vibración y energía conmovido por la presencia del insólito meteoro. En esa descripción ya aparecen los grandes vientos en espiral, las lluvias torrenciales, la destrucción de casas e iglesias, la oscuridad tenebrosa, el desbordamiento de los ríos, las descargas eléctricas. Vemos a Álvaro Núñez y a sus soldados y marinos avanzar en la noche tempestuosa, agarrados y sostenidos unos de los otros, buscar protección en el tronco de algún árbol, para que el viento no los arrastre, y el árbol que podría protegerlos es desgajado y lanzado a gran distancia. Oímos, porque Álvaro Núñez nos lo cuenta, el canto de los indios, la música ritual de sus instrumentos y cascabeles, flautas y tamborines que duraron hasta la mañana cuando la tempestad cesó. Los indios de Trinidad, bailando y cantando, imploraban al dios del huracán, reproduciendo en la tierra el mismo movimiento circular que trazaba en el cielo. Álvaro Núñez cuenta un hecho digno de una pintura flamenca o de una de las ensoñaciones del Bosco: sobre la copa de un árbol, sobreviviente de la tormenta, amaneció una barquilla solitaria.

Como nosotros, como cualquiera en los siglos que prosiguieron, Álvaro Núñez recorrió al día siguiente la zona de desastre. Vio los animales muertos, las siembras arrasadas, quemados los montes. Sintió lástima de la tierra y de la obra humana destruida. Lo que el hombre levantara en años de brega, había sido barrido en unas cuantas horas. Si Álvaro Núñez fue creyente, como muchos después que él, se habrá preguntado por la furia inmotivada del viento, por esas sierpes que vio relampagueantes en el cielo. ¿Cómo explicarlo? ¿Qué purificación buscaba Dios? ¿Qué pecado hacía pagar tan duramente al hombre, su criatura? Si Álvaro Núñez no hubiera sido un creyente, como tantos después que él, se habría sobrecogido ante esa furia inmotivada, irracional, que nada buscaba ni nada pretendía, la furia elemental, la acción por la acción. Presencia del puro capricho y la pura arbitrariedad.

Desde este mismo momento, desde que indios, españoles, negros y chinos poblaron la isla, durante cinco meses del año, el cubano espera por el ciclón. Si observatorios, instrumentos de medición y aviones de reconocimiento han superado el olfato de los animales o el bramido inesperado del toro que escarba la tierra y temeroso alza la cornamenta al cielo de nitidez anómala, como en el poema de Heredia que se recoge en esta breve antología, y estos instrumentos han anulado en parte la súbita aparición del meteoro y en parte su capacidad irracional de destrucción, aún conserva una fuerza telúrica

y una violencia accidental temibles. El ciclón es todavía un destructor de la creación humana y un perturbador del orden que el hombre ha dado al mundo. Creo que, por encima de otros desastres naturales, como los temblores de tierra en Santiago, el ciclón ha engendrado en el cubano el sentimiento de catástrofe. El ciclón tiene una periodicidad que otros fenómenos naturales no poseen, aludes o tornados. Un volcán puede dormir cientos de años, el ciclón despierta con cada nuevo año. Se anuncia, se acerca, amaga, se desvía o azota triunfante. ¿Qué es la catástrofe? La súbita revelación física de lo que no somos. Imaginaria y real a la vez, anula nuestra relación habitual con el tiempo y el espacio, con la naturaleza humanizada, posee la fuerza prodigiosa de objetivizar lo que nos sobrepasa o supera.

En las antiguas cosmogonías, como en la de los indios cubanos, el viento en espiral tiene un valor simbólico. Ha sido estudiado largamente por Fernando Ortiz en su espléndido libro *El huracán*, publicado en México en 1947 y que hasta ahora no ha sido impreso entre nosotros. Es uno de los escasos estudios que un cubano ha realizado sobre la importancia del huracán en la cultura nacional. Pero aquí me interesa apuntar otro aspecto del viento, su influjo en nuestro cuerpo. En un texto breve de Ramón de Palma, de 1849, recogido actualmente por la revista *Azoteas*, se apunta a las sutiles variaciones temperamentales que el viento ejerce. Por primera vez un escritor cubano se refiere a este asunto apasionado y descubre un singular sentido atmosférico en nuestro cuerpo. Nadie más, hasta donde yo sé, ha vuelto a tocar el tema.

Si el ciclón infunde pavor por igual infunde la fascinación y el atractivo de encontrarse con él, de enfrentarlo y reunirse con él. Si de niño mis padres me defendían ocultándome en el interior de la casa cerrada, clavadas las puertas y ventanas, con velas encendidas en cada cuarto, cuando crecí, ya de muchacho, sentí el llamado del viento y la lluvia frenética, y acompañado de varios amigos, salía a la calle y marchábamos cogidos de las manos o por las cinturas contra el viento y la lluvia. Qué gozo y qué júbilo entonces avanzar contra el ciclón, chapoteando y sintiendo el agua azotarnos la cara, el pecho y las piernas, serios y sonrientes a la vez, descalzos entre ríos improvisados y ruido de tragantes, viendo volar antenas desprendidas, a los árboles inclinarse y gemir, papeles y trozos de zinc alzarse sin rumbo... Vaya gozo y delicia y júbilo el que yo sentía. Mi cuerpo recuperaba un vigor primitivo olvidado y secreto.

Esta vitalidad repentina y genésica que produce la lluvia ciclónica la refiere Alejo Carpentier en un capítulo célebre de *El siglo de las luces*, recogido en la presente selección. Víctor Hugues ha estado en contacto ritual con el agua. Ha recorrido el patio inundado, destupiendo los tragantes, poniendo a salvo las cosas de la casa. Ha dejado a Carlos y a Esteban a buen recaudo, en medio de la inundación, y ha subido al cuarto de Sofía. Tratando de calmar su terror ante el huracán, le ofrece una copa rebosante de vino, se quita la camisa, y mientras Sofía se va quedando dormida, se mete desnudo junto a ella en su cama. Víctor Hugues ha sufrido una violenta transformación, inesperada para la propia Sofía que despierta ante la presión de su cuerpo excitado. Una lluvia fina, color azul marino, hace rato que cae, en las postrimerías del ciclón, que ya comienza a amainar. Pero el ruido de la lluvia, el agua corriendo, es estimulante y anula inesperadamente ciertas barreras psicológicas y sociales. Víctor Hugues, dentro del ritual erótico del agua, intenta violar a Sofía. Su intento fracasa. A ella la lluvia no le ha despertado su sexualidad, sino una reconciliación con el sueño. Dos momentos anteriores en la poesía cubana del diecinueve tienen semejanza con esta escena. Dos amantes en Heredia y dos en Luaces escuchan,

acostados en el lecho, la lluvia golpeando en el tejado con un vertiginoso repiqueteo, imperioso y de pronto suave. Este ruido del agua provoca en ambas parejas profundas resonancias eróticas.

Cabe notar, finalmente, una curiosa cuestión. Pese a la importancia del ciclón en nuestras vidas, tanto en la vigilia como en el sueño, poco se ha expresado este problema en la literatura y en el arte cubanos. Esta selección lo evidencia. Algunos textos no se recogen aquí, como la pieza teatral en un acto *La recuerva*, de José Antonio Ramos, por ejemplo, pero son pocos en realidad los que faltan. Nuestra literatura no cuenta con novelas como *Tifón*, de Conrad o *Huracán sobre Jamaica* de Richard Hugues, ambas excepcionales en el tratamiento de los efectos del huracán en el interior de un personaje. No encuentro otra explicación que la que ofrece igualmente la ausencia de otros graves asuntos. Problemas que nos duelen y nos preocupan demasiado, no parecen expresables en literatura para nosotros.

Aquí les dejo *La danza del huracán*, pórtico a nuestra próxima temporada ciclónica, que ya se avecina. En gran parte

su contenido ha pasado de las pantallas electrónicas a la impresión plana. Con este gesto, *La Jiribilla* da un salto sobre nuestras manos. Mucho me gusta el Ángel de la Jiribilla trazado por José Luis Fariñas. En los diccionarios del habla popular «jiribilla» se define como gracia, espíritu intranquilo. No obstante, en el viejo diccionario de voces cubanas de Constantino Suárez, publicado en 1921, al que me agrada acudir de cuando en cuando, aparece otra definición. Tener jiribilla, se afirma en él, úsase generalmente como manifestación de entusiasmo o admiración por lo que otra persona ha hecho, otras veces se usa, con cierta ironía, para demostrar desagrado por la misma causa. Les dejo esta definición ambigua y por la presente edición les doy las gracias. ▀

Palabras en la presentación del Cuaderno de *La Jiribilla* No. 2, La danza del huracán.

http://www.lajiribilla.cu/2002/n49_abril/1259_49.html



Pedro Pérez Sarduy:

Por qué no publico en Encuentro

Nirma Acosta
La Habana

«Cuando alguien dice que no recibe dinero directo del enemigo a mí me molesta mucho porque no es cierto. Ya es bien sabido que Encuentro recibe dinero de la Ford y otras fundaciones para sus fines. Quien colabora tiene que saber que está siendo pagado por los Estados Unidos».

El poeta, escritor y periodista cubano Pedro Pérez Sarduy vive en Inglaterra desde 1981. Se inició en la revista universitaria Alma Mater y fue Premio Casa de las Américas, 1966 y Julián del Casal, 1967. Su obra para radio fue conocida a través de Radio Rebelde y de los años en que fuera corresponsal de la BBC de Londres. Su interés por los temas afrocubanos lo llevaron a impartir conferencias en Universidades de Europa y Estados Unidos.

Su primera novela, *Las criadas de La Habana* está en proceso editorial por Letras Cubanas. Tiene inédito *Diario en Babilonia*, una serie de reportajes sobre las comunidades afro-caribeñas en Gran Bretaña. Es coautor de *Afro-Cuba: una antología de escritores cubanos sobre raza, política y cultura* (Editorial Universidad de Puerto Rico, 1999) y (en inglés), *Voces Afro-Cubanas sobre Raza e Identidad en Cuba Contemporánea* (University Press of Florida, 2000).

Pérez Sarduy, de paso por la redacción de *La Jiribilla*, compartió algunas opiniones, a la vez que reconocía en ese volver a la Isla, «el placer de quien regresa a su tierra verdadera, a la fuente viva. Uno no puede cambiar —dijo— el olor, la humedad, el calor, la lluvia, el sonido de los pájaros, porque todo eso forma parte de la vida. Aunque yo viva en un país de aire acondicionado rodeado de otras cosas y otras costumbres, hay algo que tengo aquí que necesito y es importante mantener, mi relación con este país, y mantener eso es cultura. No hay sustituto. Incluso para aquellos que dicen que Miami es la otra Cuba, no es cierto. Cuba es Cuba».

A pesar de que la Isla es un tema de interés para ciertas editoriales, su novela fue confinada al olvido por varios años. ¿A qué cree que se deba?

Eso lleva un poco de historia. No voy a mencionar nombres de las editoriales, porque sé que ese mundo es muy coyuntural, caprichoso, cambia el jefe y cambia la política. Ojalá, los editores de Planeta, Tusquest, Alfaguara se den cuenta de que la literatura cubana debe y tiene un valor más allá de la política misma, aunque creo que ellos lo saben. Eran momentos en que Zoe Valdés estaba en boga y era la novelista —por ser mujer y por el tema erótico— cortejada por los editores. Había autores como Eliseo Alberto y otros que vivían fuera de Cuba y vinculaban más su literatura al hecho político. Independientemente de que mi poesía, mis cuentos, mi literatura, desde que empecé a escribir allá por los años 60 en Santa Clara. Estaba inmersa en toda la temática social y política, no estaba supeditada al hecho en sí. Me recomiendan una agente literaria, hablo con ella, me dice que le gusta la novela, pasan los años 94, 95, 96, 97, 98, 99... y nada. Aprovecho un viaje a Salamanca, y de paso por Madrid, logro hablar con ella y me dice: «yo no te quería decir nada, pero mira los informes, todos coinciden en el punto: no estamos interesados en este tema ahora».

¿Fue censurada?

Al final, las conclusiones verbales fueron que la novela no era lo suficientemente anticastrista como para ser publicada en ese momento. Y al cabo de cinco años es que me dicen eso. Por eso creo que no se puede ser ingenuo cuando se habla de estos asuntos de la cultura, hay que estar informados y saber cuál es la posición que se tiene respecto a Cuba en algunos lugares y por algunas personas. No estaban evaluando la obra, sino lo que políticamente pudiera significar.

Es lo que usted ha dicho sobre la relación de Encuentro con el dinero que sale a través de fundaciones como la Ford y la NED desde los Estados Unidos. Hay quien se niega a aceptar, públicamente, que es pagado por el enemigo. ¿Qué cree?

No se puede ser ingenuo o hacerse el ingenuo con eso. Con esta coyuntura por la que está pasando Cuba, me parece que no es momento de ingenuidad. Se puede discrepar, pero no se puede pecar de hacerse el que no se sabe de dónde salen las cosas. Yo he vivido en Estados Unidos, he trabajado con esa gente y sé lo que quieren hacer con este país. Cuando alguien dice que no recibe dinero directo del enemigo, a mí me molesta mucho porque no es cierto. Ya es bien sabido que Encuentro recibe dinero de la Ford y otras fundaciones para sus fines. Quien colabora tiene que saber que está siendo pagado por los Estados Unidos. Yo se lo dije directamente a Jesús y se lo dije a Pío Serrano; fuimos compañeros de la Universidad. Pío se separa de Jesús Díaz por la línea que estaba tomando la revista, después de tener una serie de divergencias. Pío sigue colaborando con Radio Martí, pero creo que ya se está arrepintiendo también de su política.

Toda la generación de intelectuales que compartimos esos años en Cuba, sufrió la bota estalinista y racista de Jesús Díaz, que era implacable. Él fue mi profesor de Marxismo. No creo que haya vivido en este país, en ese período de tiempo, un individuo que haya sido tan extremista como él. Era un tipo extremadamente antihomosexual. Era el tipo que achuchaba aquella política. Era el ideólogo de aquel mundo.

¿Publicó en Encuentro alguna vez?

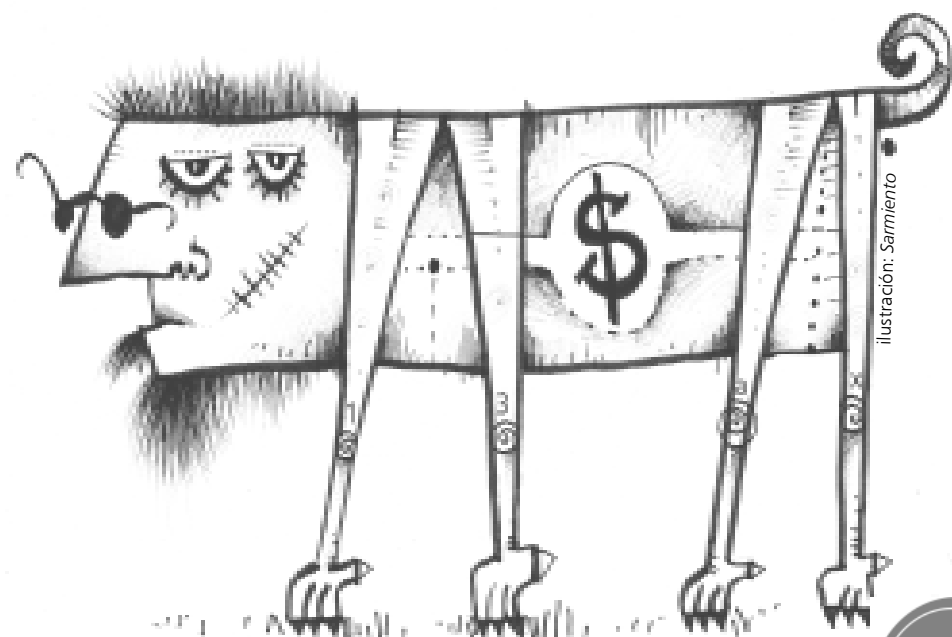
Lo que yo publiqué en la revista Encuentro fue un artículo que salió en el número dos que se llama: «Y qué quieren los negros en Cuba», que lo escribí a raíz de la visita mía previa a la visita del Papa. Después no colaboré más.

¿Por qué?

Eso se lo dije personalmente a Jesús. Cuando me encontré con su hijo, también tuvimos un debate sobre el asunto. No me gustó el camino que fue tomando la revista. Yo no soy exiliado ni nada de eso, no me interesa ningún tipo de complicidad de ellos para conmigo, solo quisiera que pudiéramos burlar ciertas divergencias y buscar la forma de llegar a un diálogo. En ese tipo de conciliación con los Estados Unidos, que es lo que él quiso buscar, yo no entro.

Afuera, hay gente muy buena, y gente muy negativa. Ese dinero que le pusieron a Encuentro estaba precisamente para eso y no es que lo diga yo, eso está escrito. En un país tan libre y democrático entre comillas, como es Estados Unidos, un país de mucho dinero, todo tiene que estar escrito. Se puede buscar en Internet el programa de dónde sale el dinero. Se ve el cambio que hace la revista de los primeros números a los que le sucedieron. Nos seguíamos saludando cuando nos encontrábamos en los eventos, pero de ahí a tomarnos un trago, no. Hay cuestiones de principios que para mí son innegociables. Los cubanos que viven afuera, o los que viven aquí, no pueden ser ingenuos con esto.

http://www.lajiribilla.cu/2002/n60_junio/1458_60.html





Bush y la Homofobia

Lisandro Otero
México

El gobierno cavernario y retrógrado de EE.UU. adoptó en su plataforma electoral algunos argumentos en contra de los derechos de los homosexuales. En el acto de la convención republicana que invistió al tejano, en el 2000, los delegados de su Estado se quitaron ostensiblemente sus sombreros de vaquero y se pusieron a rezar cuando un representante gay comenzó su discurso.

En el seno de la comisión de los derechos del hombre en la ONU, el gobierno de Bush bloqueó la adopción de una resolución, propuesta por Brasil y apoyada por los países europeos y Canadá, condenando la discriminación de los homosexuales. Washington consideró que la ONU no era el marco indicado para hablar del tema. El portavoz del departamento de Estado, Richard Boucher, declaró que eso era un asunto pertinente a cada estado de la unión norteamericana.

Esto coincide con las declaraciones homófobas del senador Rick Santorum, respaldado por Bush, que pidieron al Tribunal Supremo que no prohibieran las leyes «antisodomía» adoptadas por ciertos distritos federales. La tesis de Santorum es que si el Tribunal Supremo dice que usted tiene derecho al sexo consentido en su casa, entonces existirá el derecho a la bigamia, a la poligamia, al incesto y al adulterio. La prensa presionó a la Casa Blanca a reaccionar a estas declaraciones. George Bush acabó por tomar partido por el senador. A través de su portavoz declaró que lo consideraba un «hombre tolerante» y «confiable» en él.

Recientemente una pareja de homosexuales de Houston, fueron condenados a una multa tras una denuncia. Tras irrumpir violentamente en un apartamento, la policía sorprendió a John Lawrence y Tyron Garner en un acto sexual y fueron condenados a pagar una multa de 200 dólares cada uno por haber violado la ley antisodomía de Texas. Las asociaciones de homosexuales elevaron el asunto al Tribunal Supremo. Esperan que la Corte ponga el derecho a la vida privada de los adultos por encima del respeto a la autonomía de los estados. En Norteamérica trece estados tienen leyes contra la sodomía y ocho prohíben el sexo oral.

Hace pocos meses tres hombres fueron decapitados en la ciudad de Abha in Asir, en Arabia Saudita, por actos de sodomía. El año pasado se realizaron ochenta y un decapitamientos con sable en aquel país. Hace un par de años un escándalo se suscitó en El Cairo cuando 52 hombres fueron arrestados en el barco La Reina del Nilo, por dedicarse a intercambios homosexuales. Fueron condenados a sentencias de hasta tres años de prisión. Los grupos de derechos humanos egipcios han denunciado que desde inicios del año 2003 se ha intensificado la represión contra aquellos que seleccionan una manera diferente de expresarse sexualmente. Hossam Bahgat, director de la Iniciativa Egipcia para los Derechos Personales, ha revelado que existe una embestida contra el movimiento gay en aquel país. Muchos de los encarcelados han acusado a sus captores por haber sido sometidos a vejaciones, patadas, golpeaduras y torturas. Sin embargo, nadie ha denunciado esta grave violación de los derechos humanos en ninguna comisión de Naciones Unidas.

Cuesta trabajo creer que todavía existan en el mundo zonas de intolerancia e incomprensión que no admitan que cada ser humano tiene derecho a ejercer su sexualidad de la manera en que estime conveniente, siempre que ambas partes consientan y no se inmiscuyan en la vida ajena ni alteren las usanzas públicas. Lo cual también puede y debe ser aplicado a las relaciones heterosexuales.

El gobierno cavernario y retrógrado de George Bush adoptó en su plataforma electoral algunos argumentos en contra de los derechos de los homosexuales. En el acto de la convención republicana que invistió al tejano, en el 2000, los delegados de su Estado se quitaron ostensiblemente sus sombreros de vaquero y se pusieron a rezar cuando un representante gay comenzó su discurso.

Los movimientos de gays y lesbianas que se han desarrollado y fortalecido en los últimos tiempos, son un síntoma de una mentalidad más madura y desprejuiciada. Las nuevas generaciones no han absorbido los convencionalismos y fobias de sus mayores y admiten que las conductas heterodoxas no deben formar parte de una condena social ni de una reprobación moral. Estados Unidos es uno de los países más atrasados en ese sentido y el gobierno de Bush, con su fascistoide puritanismo mojigato, ha agudizado el cerco gubernativo contra quienes eligen una forma disímil de manifestación sexual. ■

http://www.lajiribilla.cu/2003/n104_05/laopinion.html



Titulares de la «prensa libre»:

García Márquez condena ejecuciones en Cuba
The Associated Press

García Márquez se pronuncia contra la pena de muerte y la represión en Cuba
Reuters

García Márquez contesta a Sontag que rechaza la pena de muerte y ayuda a los disidentes cubanos
El Mundo, EFE

García Márquez responde a Sontag que él ha ayudado a muchos disidentes cubanos en 20 años
El País

García Márquez se pronuncia contra la pena de muerte y la represión en Cuba
CNN

García Márquez dice que desde hace veinte años ayuda a disidentes a escapar de Cuba
La Razón

Sin embargo...

Algunos medios de comunicación están manipulando y tergiversando mi respuesta a Susan Sontag, para que parezca contraria a la Revolución cubana. Este es un indicio más de que las muchas declaraciones sobre la situación cubana —aun de buena fe— pueden estar aportando y aun magnificando datos que los Estados Unidos necesitan para justificar una invasión a Cuba.

Gabriel García Márquez

Jefe de Redacción:

Nirma Acosta

Editor:

Mytil Font

Diseño:

Eduardo Sarmiento

Darien Sánchez

Webmasters:

René Hernández

Janios Menéndez

Corrección:

Odalys Borrell

Adel Ibarra

Consejo de Redacción:

Manuel H. Lagarde

Julio C. Guancho

Rogelio Riverón

Bladimir Zamora

Omar Valiño

Joel del Río

Daniel García

Jorge Ángel Pérez

Instituto Cubano del Libro, Palacio del Segundo Cabo

O'Reilly #14 esq. Tacón, La Habana Vieja.

☎ 862 8091 ✉ jiribilla@cubarte.cult.cu

www.lajiribilla.cubaweb.cu

www.lajiribilla.cu

Impreso en los talleres del Combinado Poligráfico Granma